HOMENAJE

RENDIDO POR LA CIUDAD DE SEVILLA

A SUS ILUSTRES HIJOS

GUSTAVO ADOLFO Y VALERIANO BÉCQUER

REDACTADO EN CUMPLIMIENTO DE ACUERDO DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

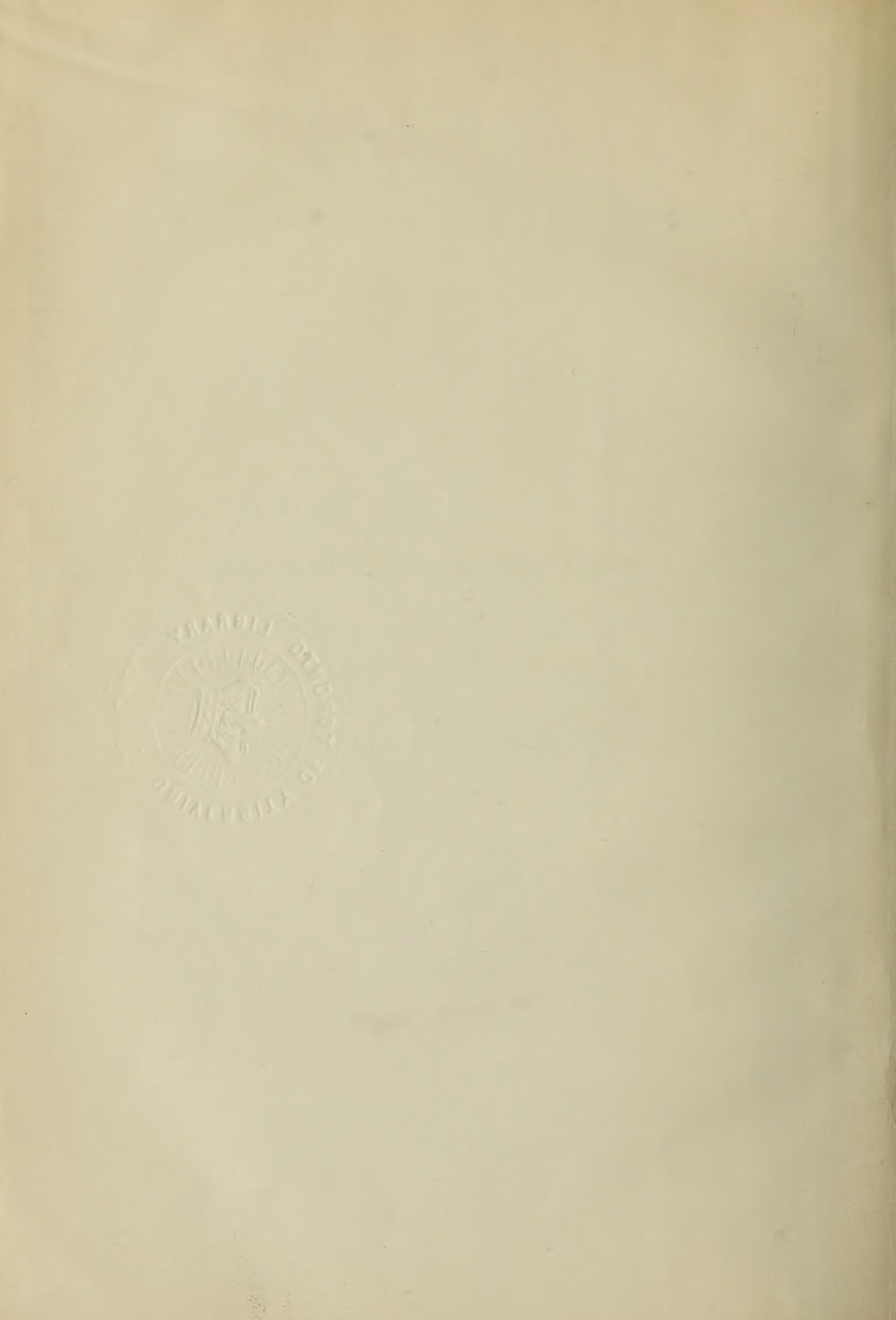
POR

D. JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

INDIVIDUO PREEMINENTE Y VICEDIRECTOR DE LA MISMA



SEVILLA
OFICINA TIPOGRÁFICA DE GIRONÉS, FRANCOS, 49.
MCMXVI

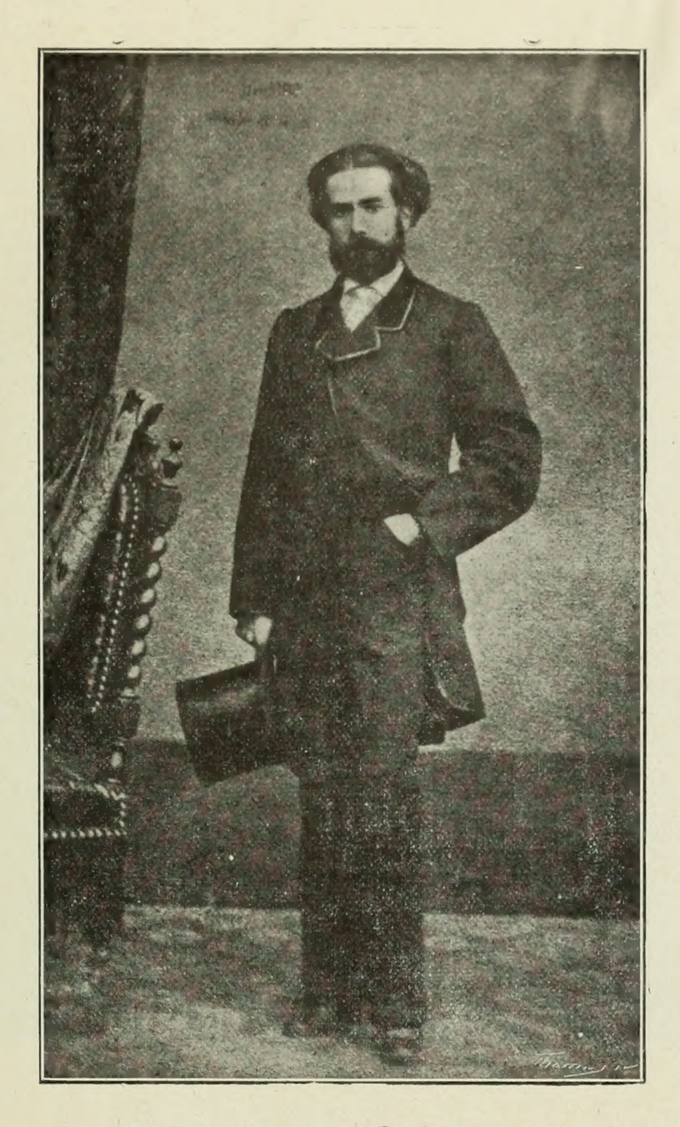


al docto bibliófilo Sr. D. Juan Sánchez
su reconocido y affmo amigo Gestoso

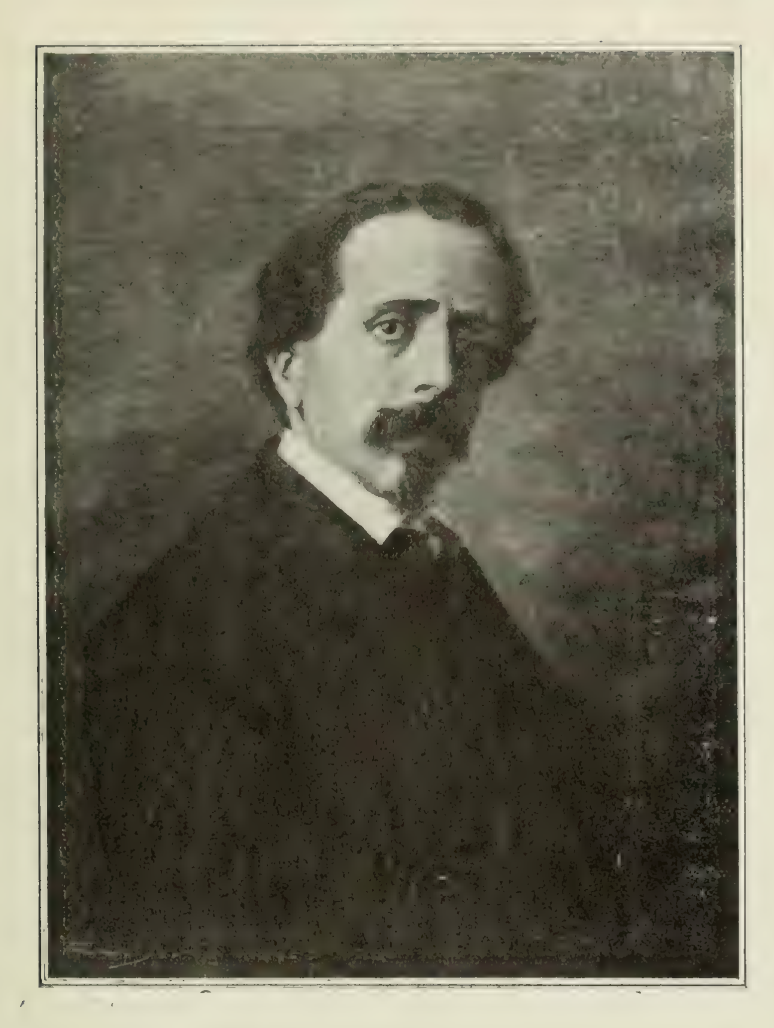
HOMENAJE DE SEVILLA

A

Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer



Gustavo Adolfo D. Becquer



Valeriano D. Becquer

HOMENAJE

RENDIDO POR LA CIUDAD DE SEVILLA

A SUS ILUSTRES HIJOS

Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer

Redactado en cumplimiento de acuerdo de la

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

POR

D. José Gestoso y Pérez

Individuo preeminente y Vicedirector de la misma



SEVILLA
Oficina Tipográfica de Gironés, Francos, 49.
MCMXVI

I

EL cumplimiento de un deber nos obliga a trazar estos renglones, que no hubiésemos hecho espontáneamente ante el temor de que algunos pudiesen estimar que lo hacíamos estimulados por pueril vanidad, puesto que forzosamente tiene que aparecer en ellos la intervención que nos cupo en el *Homenaje* que Sevilla ha tributado a la memoria del más tierno y soñador de sus poetas. Quizás por esta circunstancia, por estimarnos muy enterados de la lenta y penosa gestación con que se ha desarrollado este asunto —que no por propios merecimientos— la Real Academia Sevillana de Buenas Letras se ha servido de distinguirnos con el encargo de relatar la historia de la entusiasta ofrenda que su ciudad natal ha tributado a uno de sus más preclaros escritores; laureles que deposita en su tumba, al cabo de treinta y ocho años, luchando, durante ellos, con enemigos tan poderosos como son la indiferencia y la ignorancia, pero venciéndolos al cabo, tan gloriosamente como correspondía al talento del escritor y a la grandeza de su patria.

En los días serenos y alegres de la juventud; cuando sentíamos el alma, al decir del gran poeta, henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esperanzas sin límites; cuando su prosa y sus versos conmovían las más sensibles fibras del corazón, penetrando en lo íntimo de nuestro sér como rayo de sol que diera vida a tantas y tantas imágenes poéticas, esencialmente románticas, visiones inefables que la realidad va disipando en el transcurso de la vida; cuando nuestro espíritu, identificado con el suyo, y a él unido por estrecho y misterioso vínculo, rendíale verdadero culto, pensábamos muchas veces en su olvidada sepultura, abierta en el hueco de la *estantería* de una sacramental, lejos de su amada Sevilla, bajo un cielo y un sol que no eran los suyos, en la soledad de un cementerio abandonado, y acaso expuestas sus cenizas a confundirse un

día en el osario común, en el gran montón de los desconocidos... ¡Con qué amargura se ofrecían a nuestros ojos tan tristes espectáculos! ¡El abandono, primero, y la desaparición, después, de aquellas cenizas que un día albergaron el mundo de ideales a que dió vida en imperecederas páginas! Preciso era evitar tales profanaciones; que Sevilla recogiera amorosa los mortales despojos de quien tanto la había amado y enaltecido con los frutos de su talento; que los sueños del poeta se viesen, siquiera en parte, realizados respecto a la que llamó su destinación futura... ¿Cómo acometer la empresa? Animábannos entonces los briosos alientos de la juventud, los estímulos del entusiasmo, que, puestos en acción con tenaz perseverancia, han contribuído a verla realizada ahora, en nuestras postrimerías, cuando ya, viejos, nos preparamos a emprender el largo viaje, del que jamás se regresa, prestando su más decidido apoyo y su cooperación eficaz las Corporaciones populares, personas eminentes y artistas entusiastas del gran poeta. Sin su concurso nada habríase conseguido; la pobre iniciativa de un joven se hubiese malogrado seguramente. Todo el reconocimiento, pues, los aplausos todos de los admiradores del poeta, a ellos corresponden, incluso la satisfacción de que Sevilla se honre poseyendo cariñosa en su seno las cenizas de su ilustre hijo.

—¿Cómo, entonces—se preguntará—han transcurrido tantos años para rendirle el merecido homenaje?

No debemos callarlo. Necesario ha sido que ocurriese, en tan largo lapso de tiempo, un cambio radical en las ideas, en los sentimientos de muchas gentes, en el gusto literario, y hasta en la influencia religiosa, la cual, hoy tolerante, no da asenso a insanos fanatismos, predominantes en nuestros días juveniles. Varones ilustres por sus méritos literarios juzgaban a Bécquer, sin duda no conociéndolo a fondo—y sea esto dicho en su descargo—como un poetilla incipiente. Otros, encariñados con la forma clásica, desdeñábanlo, animados de funesto exclusivismo; y no faltaban quiénes vislumbraban, en la prosa y en los versos becquerianos, ciertos dejos de escéptica heterodoxia, inadmisible para todo creyente y buen católico. Las amarguras y los desalientos del poeta, expresados, a veces, bajo la forma de la duda, eran tenidos, por aquellos severos críticos, ¡como innegables y serias definiciones de su impiedad! No es, pues, extraño que su retrato hubiese sido rechazado por determinada Corporación religiosa, que se hubiesen creado dificultades para el transporte e inhumación de sus restos en esta ciudad, y que a cada momento surgiesen inconvenientes que dificultaban las gestiones de la primera Comisión nombrada para enaltecer la memoria de Bécquer. De entonces acá, ¡qué cambio en las ideas!, como antes dijimos. ¿Quién duda ya de los altos vuelos de su mente, de su pasmosa

inspiración, de la delicadeza de sus sentimientos? ¿Qué alma, no privilegiada como la suya, pudo crear las páginas inmortales de *Maese Pérez*, de *El rayo de luna*, de *Las tres fechas*, de *La ajorca de oro*, de *La Venta de los Gatos*, de todas sus leyendas, en fin? ¿Ni qué otra alma enamorada y romántica ha cantado en sublime prosa las glorias artísticas de la patria, ofreciéndolas a nuestros ojos envueltas en los fastuosos ropajes de sus grandezas, o con los sencillos atavíos que el transcurso de los siglos presta a las ruínas venerables de sus monumentos? Los musgos aterciopelados que cubren las carcomidas piedras de solitario claustro o de abandonada torre señorial; la hiedra que crece entre sus anchas grietas; las matas de madreselva o pasionarias que envuelven la mutilada estatua del héroe; las campanillas azules, esas campanillas que, según el poeta, «no sabía por qué secreto misterio tenían la forma de un corazón;» todo un mundo, en fin, de poesía y de arte por muchas almas sentido, quizás por ellas admirado, pero a cuyas sonrientes o melancólicas imágenes no lograron dar formas reales, vímoslo surgir evocado por el mágico conjuro de la inspiración soberana del poeta, y pasaron ante nuestros ojos las tenebrosas comitivas de los monjes del *Miserere*, y *La Mujer de Piedra*, y los *góticos ángeles* que guardaban la entrada del templo con sus espadas desnudas, y las *azules golondrinas*, y los *gnomos*, y *Las hojas secas*, verdadero poema de profundo sentimentalismo no superado por nadie.

. . . .

¿A qué seguir? Los resplandores del genio, en breve espacio de años, disiparon las sombras con que vulgares prejuícios e insano fanatismo trataron de empañarlo: su nombre brilla ya con luz propia en la región infinita de la Inmortalidad.



La admiración que despertó en nosotros la lectura de las obras del gran poeta nos hizo concebir el deseo de que su ciudad natal le rindiera público homenaje de cariño, y honrara, en muerte a lo menos, al que tanto la amó en vida y enalteció con su talento; y en junta celebrada por la Sociedad Sevillana de Amigos del País, en 1.° de Abril de 1884, tuvimos la honra de proponer que dicha Corporación, siempre celosa de cuanto se relaciona con los intereses morales y materiales de la ciudad, tomara a su cargo el honroso cometido de solicitar la traslación de los restos de Bécquer desde Madrid, para que fueran depositados en el templo de nuestra Universidad Literaria, destinada a panteón de sevillanos ilustres. Aceptada la solicitud, designóse una Comi-

sión, que constituyeron, con nosotros, los Sres. D. Roberto González Nandín, D. Narciso Sentenach y D. Federico Barbado, a fin de que estudiara los medios de realizarla, la cual gestionase los permisos para dicha traslación de la viuda e hijos del poeta y de los Ministros de Instrucción Pública (por aquel entonces le nombraban de Fomento) y de la Gobernación. Moraba entonces en esta ciudad un hermano de los Bécquer, D. Estanislao, modesto empleado en las Obras del Río, y a él acudimos, facilitándonos la dirección en Madrid de la familia del infortunado poeta, de su mujer D.ª Casta Estéban y Navarro, y de su hijo Gustavo; dicha señora, desde luego autorizó el traslado de los restos depositados en el cementerio de San Lorenzo y San José, y en 2 de Mayo la Comisión solicitó los permisos de los ministros ya citados y la cooperación del ilustre escultor sevillano Antonio Susillo, gran entusiasta de Bécquer, para que proyectase el modesto monumento que había de ser erigido en la Puerta de la Barqueta, y el de la lápida destinada a señalar la casa en que vió la luz pública, sita en la calle Conde de Barajas, que nos fué designada por el referido D. Estanislao y que es la que actualmente lleva el núm. 26.

Con fecha 8 de Mayo del año a que nos venimos refiriendo recibíase el permiso de la Dirección general de Beneficencia autorizando la traslación de los restos, y en 17 de Septiembre negó el Director General de Instrucción Pública, D. Aureliano Fernández Guerra, la licencia para que fuesen los restos inhumados en la capilla de la Universidad, fundándose en el informe desfavorable del Rector, D. Fernando Santos de Castro, el cual alegó, como poderoso motivo de su oposición, las obras que había que hacer en las bóvedas del templo, *llenas de tierra y cascote.* Aseveración inexacta de todo punto, como ha podido comprobarse en nuestros días.

Malogróse, pues, por entonces, el proyecto de traslación de los restos; pues si bien opinaron algunos que en la monumental capilla del Hospital de la Sangre podían ser muy decorosamente depositados, y hasta se obtuvieron sin dificultad las licencias de la Diputación Provincial y de la autoridad eclesiástica, no prosperó aquel propósito, prefiriendo dejar correr el tiempo y esperar a que se ofreciese una ocasión favorable para que, desde luego, viniesen a la Universidad.

Mientras tanto, Susillo había hecho el proyecto de monumento que se pensó fuera erigido en la Barqueta; una cruz gótica por entre cuyas filigranadas tracerías treparían las pasionarias y las campanillas, levantada sobre gradería de planta octogonal, con un medallón en bajorrelieve conteniendo el busto del poeta. De este modo creíamos los amantes de Bécquer que su espíritu, desde la región infinita de la Eternidad, vería realizado uno de sus más fervientes anhelos, a los



Casa en que nació Gustavo Adolfo Bécquer,

que dió formas admirables en aquellos delicadísimos párrafos contenidos en su carta desde la Veruela.

Hubo que prescindir, por entonces, del traslado de los restos, aunque no por completo, y, al objeto de vencer las dificultades que se habían ofrecido por parte del Director General de Instrucción Pública, la Comisión dirigióse al ilustre escritor D. Ramón Rodríguez Correa, amigo del alma del poeta, a fin de que, con su influencia, la consiguiese, y, mientras tanto, ocupóse en dar forma a un programa de las solemnidades que estimó viables, teniendo en cuenta las dificultades y obstáculos, nacidos de la escasez de recursos, que casi siempre acompaña a este género de propósitos. Dos años hubieron de transcurrir hasta que se vieron cumplidos, en parte, los anhelos de la Comisión. El día 9 de Enero de 1887, a las once de la mañana, celebróse una misa solemne en la iglesia parroquial de San Lorenzo, donde había sido bautizado el 17 de Febrero de 1836, a la cual asistieron las autoridades y representantes de corporaciones literarias y artísticas; y, una vez cumplido este deber, el mismo día, a las dos de la tarde, tuvo lugar la solemne ceremonia de la bendición y colocación de la primera piedra del monumento proyectado por Susillo, en uno de los rompeaguas del antiguo muro de contención del río, el más inmediato a la Puerta de San Juan, el cual hoy hállase oculto por el crecimiento de las tierras, que han elevado considerablemente la rasante de toda la orilla del Guadalquivir por esta parte.

Todo el gran espacio comprendido entre la vía férrea y la orilla del río hallábase henchido por una gran muchedumbre de gentes que, a duras penas, lograban contener los guardias municipales para que no invadiesen el sitio destinado al convite. En el vértice del ángulo del robusto rompe-aguas antes citado habíase erigido un sencillo altar con cruz y candelería de plata y rico frontal de brocado, y a derecha e izquierda varios magníficos sillones tallados y dorados; rica alfombra cubría el suelo, y en el centro del estrado alzábase una cábria, de la que pendía la piedra angular del monumento. Limitaban todo el paraje, destinado a la ceremonia e invitados, altos mástiles, de que pendían banderas y gallardetes rodeados con guirnaldas, espirales de follaje que sostenían escudos nacionales y de la ciudad, con pabellones de banderas y estandartes. Más de cuatrocientas sillas se destinaron al convite, que, mucho antes de que comenzara la ceremonia, hallábanse completamente ocupadas por elegantes damas, académicos, escritores, artistas y representantes de la Prensa. A las dos y media tomaron asiento en el estrado los Ilmos Sres. Vicario General del Arzobispado, D. Santiago Magdalena y Murias, en nombre del Excmo. Sr. Arzobispo; D. Antonio del Moral, Gobernador Civil de esta provincia; los Sres. D. Alfredo

Heraso, D. Antonio Benítez de Lugo, D. Fernando Varea y D. José de Celis, representantes del Ayuntamiento; un ayudante del Excmo. Sr. Capitán General en nombre de dicha primera autoridad militar; D. Gonzalo Segovia y Ardizone, presidente de la Comisión organizadora, con el secretario de la misma, D. Román García Pereira; y los académicos de Buenas letras Cano y Cueto, Montoto, Jiménez Placer, López Romero, Lasso de la Vega y Gestoso, con el Sr. D. Manuel Héctor Guerrero, presidente de la Sociedad Económica, y los directores de los periódicos *El Orden, El Tribuno, El Cronista, El Baluarte* y *El Porvenir.*

Dióse principio al acto con un elocuente discurso del Sr. Gobernador civil, manifestando la viva satisfacción que sentía y lo honrado que se consideraba al colocar la primera piedra de un monumento, que consideraba como el primer acto de reparación a la memoria del gran vate sevillano, por unos desdeñado y por otros combatido, de todos los cuales había triunfado con su talento poético, con su exquisita sensibilidad, cualidades en que ningún otro sevillano le había superado.

Seguidamente el M. I. Sr. Provisor, que vestía el manto de la Orden de Santiago, bendijo la primera piedra en nombre del Excelentísimo Prelado, pronunciando luego muy oportunas frases el docto académico de Buenas Letras y teniente de Alcalde, D. Antonio Benítez de Lugo, en nombre de la Corporación municipal. Procedióse luego a depositar en su sitio la referida piedra, y, firmada el acta por las primeras autoridades y demás personas que ostentaban representaciones oficiales, el eximio poeta argentino D. Román García Pereira, entusiasta admirador de Bécquer, leyó una Memoria en la que se historiaba el proyecto cuya realización comenzaba con aquel solemne acto, dándose cuenta de los trámites y vicisitudes porque había pasado tan levantado y patriótico pensamiento. Finalmente, el autor de estas páginas leyó la bellísima carta *Desde mi celda,* en la que su inspiradísimo autor, al describir sus ensueños juveniles, acariciaba el deseo de que sus cenizas reposasen en las orillas del Bétis, en un recodo del río que conduce al Convento de San Jerónimo.

Oídas con religioso recogimiento las sublimes frases del poeta, el Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone pronunció breves palabras congratulándose de que se hubiese dado principio a la realización del proyecto con tanto entusiasmo iniciado por los escritores y artistas sevillanos, e hizo votos porque los hombres que, como Gustavo Adolfo Bécquer, habían dejado tras de sí estelas de gloria, hallaran, después de su peregrinación por la tierra, quienes enalteciesen su memoria, así como lo hacía la generación presente, que, a su vez, se honraba

tributando al gran poeta aquel entusiasta homenaje en el que tomaban parte todas las clases sociales.

Terminado el acto, las autoridades y la Comisión organizadora, acompañadas de numeroso público, dirigiéronse a la calle del Conde de Barajas para verificar el descubrimiento de la lápida, colocada en el muro exterior de la casa señalada con el número 26, en que, como dejamos dicho, vió la primera luz el insigne poeta, el cual efectuó el Sr. Gobernador entre vítores, aplausos y músicas.

En la noche del siguiente día celebróse en el Teatro San Fernando una velada literario=musical, que estuvo brillantísima y se compuso de los siguientes números:

I PARTE.—1.° *Sinfonía de Marta* (Flotow), por la orquesta, que dirigió el Sr. Tolosa.

2.° *Stornello a suon di bacci* (Baldelli), que cantó el señor Montiano.

3.° *Aria de Semiramide* (Rosini), por la Srta. Osto.

4.° *Romanza Mia bandiera* (Rotoli), por el Sr. Blanchard.

5.° *Aria de la ópera Don Carlos* (Verdi), por el bajo señor Meroles.

II PARTE.—*Sinfonía de Dinorah*, por la orquesta, acompañando la masa coral.

Terminados los números musicales, y una vez alzado de nuevo el telón, apareció un estrado, en que tomaron asiento los iniciadores de la fiesta, poetas, literatos y artistas, Sres. Segovia y Ardizone, Mas y Prat, Cano y Cueto, Suárez de Urbina (D. José), Laffon, Gestoso, Cle=mente, Godró, García Pereyra, Tirado, Leal, Narbona y otros. El Sr. Suá=rez Urbina leyó el *Canto al Poeta*, de Víctor Hugo; el Sr. Laffon una poesía suya, y los Sres. Leal, Godró, Cano y Cueto y Clemente leye=ron, respectivamente, composiciones de los Sres. Rodríguez Marín, Mas y Prat, Montoto, y de la Srta. Isabel Cheix, terminando el acto con la admirable poesía *Canto a Bécquer*, que leyó su autor, D. Román García Pereyra, en alabanza del poeta.

III PARTE.—1.° *La Caprichosa*, gavota por la orquesta Tolosa.

2.° *Pleurer mes yeux*, aria de *El Cid*, por la Srta. Julia Bre=solles.—*Massenet.*

3.° *Así no te querrán*, romanza en palabras, de Gustavo A. Béc=quer, por el Sr. Marteano.—*Casares.*

4.° *Bolero de Vespri Siciliani*, por la Sra. Volpini.—*Verdi.*

5.° *Romanza de Dinorah*, por el Sr. Blanchard.—*Meyerbeer.*

Durante los descansos que hubo entre las partes musical y literaria,

distinguidas señoritas vendieron entre los espectadores el periódico que, para este objeto, publicaron los Sres. Montaner y Simón, número extraordinario de *La Ilustración Artística*, que desde hace tantos años ve la luz pública en Barcelona. Dicho periódico contiene bellas ilustraciones de los artistas José García Ramos, Antonio Canovas, Manuel García Rodríguez, Salvador Clemente, José Orejuela, Narciso Sentenach, Manuel de la Rosa, Virgilio Mattoni, José Pineda, Fernando Tirado, Ildefonso Cañaveral, Eduardo Cano, Ricardo López, Juan Aldaz, Gonzalo Bilbao, Sánchez Perrier, Manuel Cabral Bejarano, José Lafita, Manuel Martínez, Adolfo Morales de los Ríos (arquitecto), José Pando, Nicolás Pineda, Domingo Fernández, José Arpa, José Vega Marrugal, José Rico y Rafael Chaves, contribuyendo con sendas composiciones los literatos y los poetas Gonzalo Segovia y Ardizone, Narciso Campillo, Mas y Prat, Federico de Castro, Luís Montoto, José M.ª Asensio, Amante Laffon, José Gestoso, Cano y Cueto, Sentenach, Mercedes de Velilla, Antonio Benítez de Lugo, Rodríguez Marín, Manuel Díaz Martín, Carlos Peñaranda, José Sánchez Arjona, Isabel Cheix, José Lamarque de Novoa, José de Velilla, Lorenzo Leal, Javier Lasso de la Vega, Joaquín Guichot y Román García Pereyra. El importe de la venta de dicho periódico destinábase por la Comisión a sufragar los gastos del monumento que se había proyectado erigirle en la Puerta de San Juan, y que no llegó a realizarse ¡por falta de recursos!

Después de estos homenajes, rendidos a la memoria del más romántico de nuestros poetas, ábrese un largo paréntesis de ¡veintisiete años!, cuyas causas principales emanaron, ¿por qué no decirlo?, del sectarismo ultramontano de unos, de la apatía de muchos que, pudiendo coadyuvar al pensamiento, por ocupar cargos oficiales, desdeñaban hasta tratar del asunto, y por la incultura de los más.

La gloria de Bécquer, sus méritos literarios y su genial inspiración poníanse aún por aquellos días en tela de juício, y espíritus incapaces de sentir las delicadezas de su alma seguían juzgándolo como poeta vulgar, y hasta como ateo, fundándose para ello en frases que hicieron acudir a sus labios amarguras y desalientos. Pero con el transcurso de los años vino la evolución de las ideas, y la fama, cada vez más creciente, impúsose a aquellas vulgares inteligencias y a sectarios fanatismos: una nueva generación, proclamando entusiasta la soberanía de su ingenio, rindióle el culto merecido, ahuyentando las nieblas que momentáneamente obscurecieron los resplandores de su poderosa inspiración. Abierto el surco, latente en sus profundidades germinaba la semilla, esperando sólo el momento de brotar por la acción de una causa determinante, y ésta ofrecióse con motivo de los *Juegos Florales* que celebró el Ateneo y Sociedad de Excursiones de esta ciudad en Mayo de 1910.

Quiso la fortuna que fuesen designados, por aquel culto Centro, los hermanos D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero para mantenedores de dicha fiesta, y a estos fervientes entusiastas de Bécquer cabe la gloria de haber sido los que, con el fuego de la palabra y con sus legítimos prestigios, rompiesen el hielo de la indiferencia, ofreciendo altísimo ejemplo de amor patrio y de nobilísima generosidad.

En el banquete a que fueron invitados por el Ateneo los ilustres hermanos, acto a que asistieron los Sres. Gobernador civil, D. Joaquín Valcárcel; Alcalde presidente, Sr. Halcón; Presidente de la Diputación Provincial, Sr. Hoyuela; los Diputados a Cortes Sres. Cañal y Luca de Tena, con reputadas personalidades en las artes y en las letras, el Sr. Álvarez Quintero, D. Joaquín, al llegar la hora de los brindis, leyó unas cuartillas, de las cuales copiamos los párrafos que interesan a nuestro intento:

«Ninguna ocasión mejor que esta; nos escucha Sevilla entera, representada aquí por sus más dignas autoridades, por sus más preclaras glorias artísticas, por su más noble y culta juventud, por los elementos más poderosos de su patriotismo, por todas cuantas fuerzas sociales prestan a un pueblo vida y pujanza; por el Ateneo, en fin, cuya presidencia se honra hoy con quien en su persona lleva, como Carlos Cañal, alta inteligencia, recto corazón, estímulo ideal y sed de cultura.

Pues bien, oid todos: En Sevilla, tierra de poesía y de poetas, nació un poeta cuya alma tenía la claridad y la delicadeza de un rosado crepúsculo sevillano. Poeta todo ensueño y bondad, todo amor y ternura, todo luz divina, en la sutileza de cuya pluma lo inefable dejó de serlo. Poeta que sintió en su espíritu ansias tan puras e ideales que le impulsaron a escribir ingénuamente:

«En el mar de la duda en que bogo
ni aun sé lo que creo;
sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo divino aquí dentro.»

Poeta que comenzó sus cantos con el de:

«Un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,»

y cuyo vivir fué tan tormentoso y dolorido, que acabó sus gloriosas rimas con este anhelo de quietud y reposo eterno:

«¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!»

¡Bécquer! ¡Divino Bécquer! ¿En qué corazón de veinte años no se

te ha levantado un altar? ¿A quién no le enseñaste, en esa edad de encanto y de esperanza, que habrá poesía

«mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira?»

¿Quién no aprendió en ti que, cuando pasa el amor en torno nuestro con sus alas de rosa,

«los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman,
el cielo se deshace en rayos de oro,
la tierra se estremece alborozada?...»

¿Quién no creyó en los albores del amor, en el alma, que no era la suya la mujer ardiente y morena, símbolo de la pasión, ni la de frente pálida y trenzas de oro, tesoro de ternura, sino que había de haber en el ignoto mundo del sueño una mujer para el imposible,

«vago fantasma de niebla y de luz,»

que era la que, incorpórea e intangible, vivía en su corazón sin haberla visto? ¿Quién no consoló a una niña de ojos verdes, pesarosa del claro color de sus ojos, diciéndole al oído que

«las esmeraldas son verdes,
verde el color del que espera,
y las ondas del Océano
y el laurel de los poetas?»

¿Quién no creyó en Dios cuando halló en la vida, y acertó a mirarla, aquella mujer a quien se adora,

«mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar?»

¿Quién, al rondar de noche, feliz y enamorado, las musgosas paredes que guardaban a una divina mujer, perdida para el amor de los hombres y consagrada al amor de Dios, no oyó

«la esquila que al mediar la noche
a los maitines llama,»

y no sintió en lo íntimo de su sér una voz callada que le decía:

«el umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa?»

Este poeta, legítimo orgullo de Sevilla, alma de lo más puro y

bello del alma sevillana, que cantó con desoladora melancolía la triste soledad en que los muertos quedan, no tiene en Sevilla un recuerdo digno de su gloria; y el viajero, que lo conoce y lo ama, llega a esta legendaria ciudad, *en cuyas calles morunas, tortuosas y estrechas, aún se cree escuchar* el extraño crujido de los *pasos del Rey Justiciero;* y busca en Santa Inés el eco misterioso y celeste del órgano de *Maese Pérez;* y va a la *Venta de los Gatos* por si aún en torno de ella flota el espíritu de la mocita, linda como la Virgen de Consolación, que se agostó encerrada en un palacio de oro, porque, como flor del campo, había nacido para el sol y para el aire libre; y halla balcones llenos de rosas y claveles, como aquel a cuyos cristales tocaban con sus alas las golondrinas; y tapias de jardines cubiertas de madreselva y campanillas azules, como aquellas también cuyas gotas de rocío eran lágrimas del día para el poeta. Y todo lo halla el viajero, y todo lo ve y todo lo evoca, y sólo no encuentra en parte alguna el mármol ni el bronce que le hablen de la admiración y de la gratitud de un pueblo artista a su poeta querido.

Esta consagración a su memoria, este imperecedero recuerdo a Bécquer, ha de haberlo en Sevilla muy pronto.

Ya hay en la ciudad—justo es decirlo—una calle que lleva su nombre y una lápida conmemorativa en la casa que nació; ¡pobre homenaje para tan gran poeta! Ello fué, si mal no recordamos, lo único que quedó como prenda segura del entusiasmo y la admiración de los artistas sevillanos que años ha pretendieron erigir un monumento digno de la gloria de Bécquer.

Este monumento, repetimos, lo habrá muy pronto. Nuestro entusiasmo por el poeta y nuestro amor a él hallaron eco en el espíritu joven, nobilísimo y fuerte de un escultor, también sevillano, que honra su arte: Lorenzo Coullaut Valera. El proyecto del monumento, expresión la más delicada y bella de la intensa y dulce poesía becqueriana, sólo elogios merece. Figurará en la próxima Exposición de Bellas Artes que ha de celebrarse en Madrid. Después trabajaremos con ahinco para que, lo que todavía no es sino un proyecto, se convierta rápidamente en una hermosa realidad.

La esfera en que se desenvuelve nuestra actividad, la del teatro, nos dará, seguramente, los medios materiales para conseguirlo. ¿Cómo? Es largo de exponer ahora. Desde luego hemos de escribir una obra, inspirada, ya en una rima, ya en una leyenda de Bécquer, cuyos derechos de propiedad en toda España y en América, donde quiera que se represente, en fin, destinaremos íntegros a aquel objeto. Que es el teatro, en esta tierra generosa de España, no ya sólo fuente de cultura, sin duda la que más directamente llega al pueblo, sino paño

de lágrimas en la tristeza y en el dolor, y gentil amparador de toda grande y bella idea.

Esto aparte, contamos ya con la adhesión más fervorosa y más sincera de dos sevillanos ilustres, los Sres. D. Torcuato y D. Cayetano Luca de Tena, a quienes confidencialmente comunicamos, no ha mucho, nuestro vivo deseo. Al hacerlo hoy público no vacilamos en pediros también la vuestra; con ella sólo queremos vuestro amor al intento; vuestra simpatía, vuestra aquiescencia y apoyo moral, vuestro calor para defenderlo y ampararlo.

Nada hay más triste que el olvido, ni hay nada más noble y consolador que el recuerdo. Nada honra más a un pueblo, nada lo enaltece como el culto de sus glorias queridas, y, de entre ellas, las de sus artistas, las de sus poetas, eternos cultivadores del espíritu, elegidos de Dios. Cuerpo y alma, como los hombres, tienen los pueblos, y es empeño suicida e inhumano el pretender que se anule y se ahogue el alma en el progreso material. Cuerpo y alma tiene Sevilla. Atiendan a su cuerpo hermoso de mujer quienes sean capaces de infundirle más vigor, más salud y más vida. Atendamos a su alma los enamorados del ideal. Unos y otros sabemos bien que la vida cabal es la del cuerpo y el espíritu en consorcio dichoso, y que, al faltar la vida del alma, al cuerpo yerto es fuerza sepultarlo por inútil.

Simbolicemos en este sueño nuestro de perpetuar la memoria de Bécquer en Sevilla esta ansia de ideal y cultura, que debe ser aspiración eterna de los hombres, y levantemos en un rincón del Parque sevillano, entre rosas y naranjales, el primoroso monumento. Y así, el recuerdo de esta fiesta de Patria, Fe y Amor, que en este acto que celebramos termina, irá unido en la mente y en el corazón de todos vosotros, y de todos los sevillanos, a aquella obra de justicia, de veneración y de cariño.

Y así también, cuando nuestros ojos se detengan a leer en el tierno libro de las *Rimas* aquel sollozo desesperado que concluye

«de que pasó por el mundo,
¿quién se acordará?»

podremos contestar todos con algo más que con un suspiro doliente; podremos contestar todos, satisfechos nuestros corazones: — NOSOTROS.»

Después del generoso ofrecimiento de los aplaudidos autores, y del compromiso por ellos contraído, no había que dudar: el monumento que perpetuara el recuerdo de Bécquer había de ser un hecho, y, por tanto, ¿cómo desaprovechar ocasión tan propicia para enaltecer su nombre, aumentando los esplendores del homenaje proyectado por

los Quintero? La opinión pública no era ya lo que veinte años antes; encontrábase recelosa en cuanto a las honras que debían tributarse al autor de las *Rimas*, y si entonces poníase en duda, por algunos valiosos elementos, el mérito singular del poeta, ahora ya nadie se hubiera atrevido a crear obstáculos para su glorificación, y, en tal virtud, pocos meses después de las manifestaciones hechas en el banquete del Ateneo, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en junta celebrada el 14 de Octubre del mismo año de 1910, acordaba celebrar la inauguración del monumento que había de ser erigido en el Parque con una solemne fiesta literaria, en la que se pronunciarían discursos, se leerían trozos de las obras del insigne sevillano y poesías en su honor; y en la del 21 del mismo mes y año tuvimos el honor de proponer que la Corporación gestionase de nuevo el traslado a esta ciudad de los restos mortales del gran poeta, que habrían de ser inhumados en el hermoso templo de esta Universidad Literaria.

Aceptada nuestra proposición unánimemente, la Academia designó una Comisión que se ocupase en realizar el acuerdo, compuesta de los señores D. Amante Laffón, D. Estanislao D'Angelo, D. Eloy García Valero, D. Emilio Llach, D. Angel Camacho, D. Manuel Díaz Caro, y de la cual formamos parte, a la que se concedieron amplias facultades para el logro de los propósitos enunciados.

El más lisonjero éxito hubo de coronar nuestros esfuerzos, venciendo algunas dificultades que se ofrecen siempre en este género de asuntos, la mayor de todas conseguir las subvenciones que se solicitaron del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, que no pudimos lograr de momento, pues hallándonos en las postrimerías del año económico, hubo que esperar hasta el próximo año de 1911, a fin de que en los presupuestos que en él habían de regir se consignasen cantidades para sufragar los gastos del proyecto. Desgraciadamente nuestros deseos no se vieron tampoco entonces satisfechos, transcurriendo el referido año sin que ambas Corporaciones fijasen cantidad ninguna; cumpliendo a nuestra lealtad manifestarlo así, para que la tardanza en realizar el proyecto no sea imputable a la Comisión que intervenía en el asunto, la cual no podía menos de deplorar estos obstáculos, que contrastaban con la actividad y el plausible celo de los Sres. Quintero, los cuales, según noticias, se proponían inaugurar su proyectado monumento a fines del año de 1911. En vista, pues, de tales noticias, acordó la Academia, el viernes 31 de Mayo, que una Comisión, compuesta de los Sres. Llach, Laffon y el autor de estos renglones, visitásemos al Alcalde, procurando interesarle, a fin de que coincidiesen los actos de la inauguración del monumento y del traslado de los restos mortales del poeta a esta ciudad. En dicha Junta, además, dióse cuenta de haberse recibido el permiso

del Excelentísimo Sr. Ministro de Instrucción Pública para el sepelio de los mortales despojos en la Universidad, y en ella leyó nuestro Director, D. Manuel Cano y Cueto, el discurso que la Corporación le encomendara para la proyectada fiesta literaria. No hubo medio de vencer los obstáculos económicos que por entonces opusieron las Corporaciones populares a los deseos de la Academia; pero, en cambio, sí se vieron felizmente satisfechos los de los Sres. Quintero, y en uno de los más poéticos rincones del Parque sevillano veíamos surgir el hermoso monumento, que quedó completamente instalado en los primeros días de Diciembre, celebrándose, en la noche del día 9 del mismo, en el teatro Cervantes de esta ciudad, una solemne fiesta literaria, en la cual todas las clases sociales rindieron público testimonio de cariño y de admiración a su poeta favorito, viéndose lleno el amplio coliseo de numerosísimo y distinguido público, que pagó a altos precios las localidades de preferencia.

A las dos y media de la tarde dió comienzo la gran fiesta, ofreciendo el teatro el más deslumbrador aspecto, acudiendo muchas señoras y señoritas ataviadas con la graciosa y clásica mantilla; asistieron en el acto las autoridades todas, que tomaron asiento en el amplio palco presidencial, lujosamente adornado con tapices, viéndose a los señores Alcalde presidente D. Antonio Halcón, con los Concejales Sres. González Fragoso, Jiménez de Aragón, Pérez Nieto, Martínez Barrio y otros, juntamente con el Secretario del Ayuntamiento, Sr. Bravo Ferrer, y representantes de la prensa local. Alzado el telón, y en el fondo del escenario, veíase un busto de Bécquer sobre un pedestal adornado de flores, de las cuales aparecía alfombrado el escenario, comenzando a seguida la representación del *Ensueño de la Ensoñadora*, epílogo de *La Rima Eterna*. Dicha obra tenía por objeto rendir entusiasta homenaje a la memoria del poeta, que le tributaron depositando ante él coronas de flores los personajes de sus inmortales leyendas: *Manrique*, *Marta* y *Magdalena; Maese Pérez* el organista y su hija; *La Rosa de Pasión* y *Amparo*, heroína de la tristísima historia que tuvo por teatro *La Venta de los Gatos; La Ensoñadora*, sentimental jovencita que conocimos en *La Rima Eterna*, reaparece para presenciar el homenaje que a su amado poeta se hace, dedicándole poesías que revelan su apasionado amor y que brotan a sus labios nacidas del corazón.

La insigne artista María Guerrero interpretó magistralmente el tipo de *La Ensoñadora*. Compenetrada con el espíritu de Bécquer, sintiendo las románticas bellezas de sus creaciones con toda la intensidad que aquél puso en sus versos y en su prosa, recitó también algunas de las más bellas rimas, con delicadeza y ternura tan singulares, que conmovió profundamente al auditorio, que la escuchaba con

religioso silencio, como si hubiese escuchado los propios acentos del gran poeta. El público acogió a *La Ensoñadora* con estruendosos aplausos, admirando el ingenio de sus autores, que tan artísticamente supieron avalorar su obra con las creaciones inmortales, con las imágenes de ideal melancolía que brotaron de la mente del inmortal poeta sevillano.

Terminada la representación, y entre el eco no acallado de frenéticos aplausos, adelantóse al proscenio el ilustre actor Fernando Díaz de Mendoza, manifestando al público que, por lo emocionados que se encontraban los autores, iba él a leer el discurso que para aquel acto habían escrito los Sres. Quintero, lo cual hacía gustosísimo, si bien temeroso de no hacerlo con la perfección que lo harían sus autores, comenzando de esta suerte:

«CIUDAD DE SEVILLA:

Venimos siempre a ti, como a madre amorosa, a tomar luz para nuestro espíritu mirándote a los ojos, y a fortalecer nuestro corazón con tus recuerdos. Henos hoy aquí una vez más: sólo que esta vez, con la alegría de volver a verte, traemos también otra: la de haber cumplido el ofrecimiento que te hicimos ha poco más de un año. Y como si tenemos el pudor de nuestros dolores, tenemos, en cambio, la generosidad de nuestra alegría, y la que sentimos en estos instantes es tan pura y tan honda, deseamos compartirla con todos.

Venimos a ofrecerte, Sevilla, el monumento a Bécquer, erigido, por dicha y para mayor gloria del poeta, en el tiempo materialmente preciso para tallar el mármol y fundir el bronce; quiere esto decir que nuestra voz, al llamar a todos para glorificarlo, no necesitó esfuerzo alguno, sino que halló prontamente eco de simpatía en el corazón de los españoles, y al punto se vió el halda de la *Ensoñadora*, nuestra mensajera ideal, llena de flores y monedas, derramadas en ellas por manos generosas; desde la augusta y fina mano de la Reina de España hasta la tosca y dura de quien tuvo que dejar la azada para entregar su ofrenda. Juntas cayeron en el halda de *La Ensoñadora* las de los Reyes y las del Pueblo. Sólo el amor es capaz de conseguir victorias tales, y acaso nada como la poesía las merezca.

El monumento que luego veréis en nuestro hermoso Parque débese, pues, a España entera: España entera ha contribuído a realizar esta obra de justicia, de cultura y de amor; España entera ha tenido fiestas para el poeta, y poetas que, a su vez, lo canten; España entera se ha extremecido al nombre de Bécquer como al contacto de mágica varita que hiriera las fibras más nobles y delicadas del alma. Y nosotros, promovedores de la empresa, que a muchos pudo parecer qui-

jotesca aventura, y de la cual salimos orgullosos y ufanos, con la profunda y serena alegría de quien hace el bien por el bien mismo, al verla dichosamente rematada, sin que ningún guijarro de ningún malandrín acertara siquiera a rozarnos la piel, tenemos el deber de proclamarlo aquí, para que la misma aura que de corazón en corazón llevó la voz de nuestra idea, de corazón en corazón lleve también la de su resultado, y con ella la alentadora confianza en la viva eficacia de todo lo noble y lo bueno.

Erigido, como hemos dicho, el monumento a Bécquer, merced a la cooperación de muchos buenos españoles, hay uno, entre todos, que merece, primero que ninguno, vuestra gratitud y vuestra simpatía más cordial: nos referimos al escultor Lorenzo Coullaut Valera, sin cuya colaboración espontánea es casi seguro que no se hubiera efectuado esta empresa, a lo menos tan rápida y felizmente. No sólo puso al servicio de ella su arte de escultor, sino su corazón de poeta; y así, con inspiración luminosa y liberal entusiasmo, dió gallarda cima al monumento, obra, tal vez, la más bella y cabal que de sus manos salió nunca, y no quiso, ni siquiera pensó jamás, recibir por el primoroso trabajo otra recompensa que la de su propia satisfacción.

Este deseo de consagrarle a Bécquer un perdurable recuerdo en su patria, fué siempre sueño de los artistas sevillanos. Años ha reuniéronse todos ellos al calor de la idea y realizaron un fervoroso homenaje al poeta querido, como primera piedra ideal, si cabe, expresar esto así, de un monumento que entonces no llegó a levantarse. Alma y vida de aquel movimiento fué el glorioso escultor Antonio Susillo, hermano espiritual de Bécquer, malogrado también como él, y que, como él, se llevó a la tierra, al morir, incalculables tesoros de la fantasía, flores del más puro genio sevillano. Puede decirse de ellos que, si hubieran manejado a la inversa el cincel y la pluma, Bécquer sería el autor de los portentosos relieves del uno, y Susillo habría escrito las doradas leyendas y las aéreas rimas del otro.

Jóvenes, y heridos por el dolor de la vida, cayeron ambos. Con el último suspiro de Bécquer comenzó el resplandor creciente de su gloria; en la trágica muerte de Susillo pensamos todos que, aquella mano siempre dócil, como esclava sumisa a su pensamiento, sólo una vez debió serle rebelde.

Pues bien; sevillano como Susillo, y discípulo de él, es el autor del monumento a Bécquer que en el Parque se eleva. Junto a Susillo recibió los primeros estímulos y las primeras inspiraciones de su arte, y acaso recibió también del maestro, por misteriosa compenetración de las almas, la poética herencia de modelar para su patria la noble frente del cantor de las golondrinas.

Hemos dicho que la gloria de Bécquer nació en su tumba. En efecto, así fué. No le acariciaron en vida los halagos del «aura del aplauso,» que acompaña siempre a la gloria literaria, ni reflejó sobre su cabeza la luz de la «nube radiosa» que siempre la sigue. Él, sin embargo, sabía que «algo divino llevaba en la frente.» Estimulada y acrecentada la admiración de unos cuantos amigos suyos, poetas y pintores, por el dolor de su temprana muerte, reunieron con cariño sus obras y las publicaron, librándolas, tal vez, de una perpetua obscuridad.

Jamás poeta alguno, al menos en España, tuvo más rápida y efusiva consagración. De mano en mano corrieron sus libros, y de boca en boca su nombre, y no hubo labios de mujer por donde no pasaran sus rimas como aliento suave, como canción de brisa que separa las hojas de una flor. En el corazón de la humanidad late, oculto, un espíritu de justicia, y cuando se deja morir en el desamparo y olvido a un hombre como Bécquer, ese espíritu se siente sacudido por algo que es justicia y remordimiento a la vez, y se quiere entonces reparar la grave falta cometida enterrando en rosas las cenizas del muerto. Siquiera sea tardía, bien venida sea esta póstuma reparación.

Oteando en los esplendorosos horizontes de la poesía lírica castellana del pasado siglo, en que vivió el poeta, y fijándonos sólo en aquellos altos luminares, cuya luz fué más difundida y más potente, vemos cómo a los acentos roncos y viriles de Quintana y Gallego, de robusta y épica vena, infundiéndole a la patria herida vigor y temple en sus flaquezas y desmayos, sucede el glorioso período romántico, en el cual la musa de Espronceda, apasionada y tumultuosa, de soberano aliento y fuerte originalidad, avasalla, inquieta y cautiva a todos; y donde el estro espléndido de Zorrilla, verbo poético de nuestra habla, canta, como hijo de alondra y de ruiseñor, la hermosura de la Naturaleza, y, como trovador errante, las caballerescas leyendas del pueblo y las grandezas de los ricos alcázares, llenando los cielos de luz, los campos de flores, las selvas de pájaros alegres y el mundo ideal de colores risueños y de brillantes fantasías. Y después de estos grandes poetas, todo nervio y pujanza, todo llama, fuerza y galanura, aparece Bécquer, delicado, amoroso, íntimo, sentimental, doliente, con caminar misterioso y callado, con voz insinuante y acariciadora, y le da a la poesía lírica de su siglo una hora de luz de luna, que, si en sí misma tiene encanto magnético, túvolo doble en aquella sazón, en medio de los fulgores de sol que la precedieron y de los que habían de seguirla.

Luz de luna, sí; luz de luna es toda su poesía, porque luz de luna llevaba en el alma. Su bondad resignada fué el resplandor, tem-

plado y celeste, a cuyos rayos escribió sus páginas cautivadoras. Soñó, y parecieron sus sueños tocados de la quimera y de la fiebre del insomnio, como hijos de la noche; amó, y fueron sus amores melancólicos y dolorosamente sumisos; y poníase la mano en el corazón porque sus latidos no sonasen; y le temía al resplandor de la aurora; lloró mucho, y, en su inagotable ternura, se confortó con el consuelo de saber que aún le quedaban lágrimas. Y estos sentimientos, que tan inefable perfume prestan a su poesía, hallan el molde más dúctil y apropiado en la suave forma de sus rimas aladas, y el eco más acorde en la ténue música y en el impreciso y vago ritmo de sus versos.

Hay quien ha pretendido obscurecer la diáfana gloria de Bécquer haciendo pasar sobre ella una ligera nube, motejándolo de imitador de Enrique Heine. Nada más injusto, ni más inexacto tampoco. Hace falta padecer la obsesión de los parentescos literarios, de las afinidades y analogías, cuando no la manía persecutoria del plagio, que suele trastornar a muchos adoradores de este o el otro ídolo, para no ver la esencial diferencia, la absoluta disparidad que existe entre estos dos espíritus, cualquiera que sea la medida de su grandeza. Fueron notas características del genio de Heine el sarcasmo, la burla y la ironía; fuéronlo, del de Bécquer, la resignación y la ternura. Se ha dicho de la musa de Heine que era un ruiseñor de Alemania que anidó en la peluca de Voltaire. De la de Bécquer, enamorada, creyente y piadosa, no podrá decirse, en verdad, sino que fué una golondrina, que, si a veces rozó la tierra con sus alas, pronto voló a los espacios libres y puros y formó su nido bajo el balcón de una mujer hermosa, o en la ventana ojival de un templo cristiano.

La nobleza y generosidad de su corazón y la serena templanza de su espíritu, llenos siempre de luz ideal, resplandecen y se transparentan, quizá mejor que en ninguna parte de su obra, en aquellas *Cartas desde mi celda* que desde el monasterio de Veruela dirigió a sus amigos de Madrid. En ellas, su sentir y su pensar se explayan libremente, y fantasea, enamorado de las tradiciones misteriosas; y piensa en el respetuoso culto debido a lo que fué; y pinta con profunda piedad a las muchachas añoreras, míseras y alegres a un tiempo; y vivifica su fe meditando en el templo vacío y en el sencillo cementerio del pueblo, al pie de cuyas tumbas nacen espigas y amapolas; evoca sus dorados sueños de la muerte, a la que no llama, pero a la que no teme tampoco, como todas las almas grandes que merecen la vida.

Quien escribió estas páginas admirables, de sana y noble idealidad; quien trazó con la misma pluma las quiméricas figuras de sus leyendas, hijas de un corazón todo fantasía, e iluminadas por la cla-

ridad de un alto símbolo poético, y quien dejó a su breve paso por entre los humanos esas divinas oraciones de amor que se llaman *Rimas*, bien merece el recuerdo que le hemos consagrado entre todos.

En nuestro Parque está, cobijado por aquel gigantesco árbol, bóveda de un templo de la Naturaleza, bajo cuyas ramas, majestuosas y tiernas a la vez, llenas de hojas que parecen lágrimas cuajadas de verduras, como expresiva representación, símbolo de lo que fué en la vida perenne estímulo del estro de nuestro gran poeta, se ve nacer el amor y se le ve morir. Pero este monumento, bello conjunto de bronces y de mármoles, sobre los cuales cantarán los pájaros y brillará el sol; este monumento, como todos los que se elevan para perpetuar la gloria de los hombres, no será sino mole fría y sin alma, esfinge muda, piedra tallada y bronce fundido, sin sentido ni objeto, si de todo ello no fluye, como emanación natural, el creciente y amoroso culto a quien lo ha merecido. Sí, comprendedlo: si, de hoy más, la obra de Bécquer no ha de ir ganando corazones dormidos, hasta hacerse familiar y preciada entre todos nosotros; y si el surco ideal abierto en las almas por su espíritu peregrino ha de cegarse alguna vez, en lugar de ir haciéndose de día en día más hondo y luminoso, entonces, ese monumento de que ahora nos congratulamos vendrá a ser como fuente seca, reducida a exorno del jardín en que luce, por su singular belleza escultórica, pero triste, porque su manantial, exahusto, le niega la risa del agua en cascada de plata; y estéril, porque no templa la sed de ningún caminante, ni baña, ni fecundiza la tierra, haciendo brotar y vivir nuevas flores.

Vosotros, pues, los que amáis y cultiváis la vida del espíritu; los soñadores que, entre nieblas, buscáis la luz celeste; los poetas, que fundís las ideas y el sentimiento en una sola forma; los filósofos y los pensadores, alentados por el ansia, no saciada nunca, del saber de la vida; los artistas, que palpitan de ilusión ante el lienzo blanco o ante el barro informe; los hombres de ciencia, que investigáis constantemente en el misterio de la Naturaleza, persiguiendo nuevas verdades; los enamorados de Sevilla, de sus glorias, de sus tradiciones y costumbres; los que soñáis, en fin, con una patria más grande y más noble y más bella, debéis elegir, entre todos los días del año, el que mejor os plazca, para convertirlo en día de fiesta del espíritu, y, en peregrinación fraternal, ir años tras años a llevar unas flores al monumento de Bécquer; que esas flores, ofrendadas con tan puro amor, renovarán perpetuamente en el corazón y en la mente de todos el culto a la Poesía y no se marchitarán en vano; y ahora, esto dicho, vamos todos a visitar el monumento erigido al poeta.»

El numeroso público que asistía al acto prorrumpió en entusiastas aplausos y abandonó el teatro, dirigiéndose al Parque para presenciar la solemne entrega del monumento, que habían de hacer los señores Quintero al Concejo sevillano.



Monumento de Gustavo Adolfo Bécquer en el Parque de María Luisa.

Una vez llegados todos, y en medio de un religioso silencio, el

Sr. D. Miguel Bravo Ferrer, Secretario de la Corporación municipal, leyó el siguiente acta:

«En la ciudad de Sevilla, a nueve de Diciembre de mil novecientos once: Constituídos el Iltmo. Sr. D. Antonio Halcón y Vinent, Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento, y los señores concejales del mismo que al margen se expresan, asistidos del infrascrito Secretario, en el Parque de María Luisa, con objeto de proceder a la inauguración del monumento al poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, original del escultor D. Lorenzo Coullaut Valera; comparecen a dicho acto los señores D. Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero, autores dramáticos, y manifiestan que hacen cesión solemne de aquél al pueblo de Sevilla, representado por el Excmo. Ayuntamiento, en términos absolutos, y sin otra condición que la de intervenir en cualquier modificación o reforma que en el transcurso de los años se pretenda, o sea necesario realizar en dicho monumento o en el lugar donde se halla emplazado; y, para que conste, firman la presente acta en el día de hoy, como asimismo los señores asistentes a la ceremonia de inauguración del monumento de que se trata. De todo lo cual certifico.= *Juan Sánchez Anido* (Gobernador civil).—*Antonio Halcón* (Alcalde presidente).—*Joaquín Álvarez Quintero.*—*Lorenzo Coullaut Valera.*—*Serafín Álvarez Quintero.*—*Luís Pérez Nieto.*—*Trinidad Soriano.* —*Antonio Huertas.*—*José L. Olmedo.*—*Adolfo González* (concejales). —*Miguel Bravo Ferrer.*"

En carta de 31 de Marzo del presente año, con que nos favoreció el ilustre escultor, describe el monumento con las siguientes frases:

«En el grupo de las tres mujeres y el amor he tratado de representar la rima de Bécquer que empieza así:

«Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman.»
. . . .

Las tres mujeres son de la época de Bécquer, y por las que pasa el amor, va a pasar y ha pasado; teniendo la del centro el éxtasis amoroso, la otra el presentimiento, y la tercera tiene la melancolía del recuerdo del amor perdido. En toda esta composición he tratado de infundir el optimismo juvenil que se ve en gran parte de la obra del poeta.

El Amor caído, del otro lado, pertenece al otro grupo de poesías de Bécquer, y que son de trágica tristeza y desengaño de amor. Me he inspirado en la rima que empieza así:

«Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición.»

. . . .

Este es un amor de más edad que el primero; tiene las alas rotas y el puñal de la rima clavado por la espalda.

En cuanto a que esté el monumento bajo un árbol, y rodeándolo, se me ocurrió para expresar así la gran sensibilidad del poeta por la Naturaleza, y, al mismo tiempo, darle al monumento ese recogimiento y esa tristeza íntima que yo creía que debía tener, y que hubiera perdido en sitio más amplio y de más perspectiva.»

Acertadísimo estuvo el artista en el emplazamiento de su obra, cobijada por las gigantescas ramas del cedro, que le prestan trémulas y dulces sombras durante los caliginosos días estivales, al ser agitadas por el tibio aliento de las auras; produciendo, de otra parte, melancólica expresión cuando, llegado el triste otoño, vémoslo casi cubierto por las hojas secas desprendidas de las ramas; entonces la ilusión nos hace creer que sostienen el mudo diálogo que sorprendió el inmortal poeta, en momentos de dulcísima tristeza, cuando, al decir suyo, «el espíritu se sustrae a cuanto le rodea, y, replegándose en sí mismo, analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.»

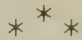
El espíritu del escultor, identificado con el de Bécquer, ha producido una obra en que el romanticismo artístico de ambos despierta en los visitantes vagas e indefinibles emociones, que se manifiestan, reales y evidentes, por las ofrendas que manos desconocidas depositan al pie del monumento, las cuales revelan la misteriosa unión del alma del poeta con otras sus hermanas, ligadas a la suya por el vínculo del sentimiento.

Frecuente es, pues, encontrar al pie de la estatua flores esparcidas.... ¡Tiernos homenajes de admiración, expresiones de íntimo cariño a la memoria del vate dulcísimo, que tendrá siempre un santuario en todo corazón romántico y sensible!



Por la noche del citado día 9 tuvo lugar, en el Hotel de Inglaterra, el banquete con que obsequió el Alcalde a los señores Quintero, Coullaut Valera y concejales todos, en el cual reinó la mayor animación y más franca alegría.

Los ilustres autores habían cumplido su promesa, y los sevillanos les debíamos profundo reconocimiento, porque, con su generoso proceder, nos libraban de la nota de ingratos para con el inmortal poeta. Desde aquel momento los artistas, cuantos sienten y sueñan, al llegar a esta ciudad atraídos por la fama de sus grandezas históricas y artísticas, de sus tradiciones, de su sol, de su cielo y de cuantas bellezas atesora, después de vagar por sus barrios solitarios en busca de los recuerdos inmortalizados por el gran vate sevillano, acudirían, en religiosa peregrinación, con las puras ofrendas del amor y del entusiasmo, a visitar el monumento que simboliza su gloria y expresa el culto que los sevillanos le tributamos. Lo que no hicieron las Corporaciones fué bastante para realizarlo la firme voluntad de dos hombres: a ellos, pues, corresponde la gloria de haber interpretado nuestros anhelos y sentimientos.



¿Qué hacíamos, mientras tanto, los que formábamos la Comisión de la Academia de Buenas Letras, encargada de procurar la traslación a Sevilla de los restos mortales de Bécquer? Fuerza es decirlo: gestionar inútilmente, de la Alcaldía, una modesta subvención con que sufragar los gastos que se habían de originar, sin haber podido conseguirla durante los dos años transcurridos, hasta que, a fines de 1912, contando con la eficaz cooperación del Sr. D. Alfredo Amores Domingo, presidente de la Comisión de Hacienda municipal y del teniente de Alcalde Excmo. Sr. Conde de Urbina, logramos que el Ayuntamiento consignara 4.000 pesetas para el ejercicio económico de 1913, ejemplo que hubo de seguir la Diputación Provincial, consignando, a su vez, 2.000, solicitadas a instancia nuestra por la Real Academia de Bellas Artes, para efectuar el traslado, a esta ciudad, de las cenizas del ilustre pintor Valeriano Bécquer, que habría de hacerse al mismo tiempo que las del poeta, su hermano, pues justo era que, los que tanto se amaron en vida, juntos durmieran el sueño eterno. Piadosa exigencia que hubo de hacer la señora doña Julia Bécquer Coghan de Sanabria, hija del ilustre pintor, de la cual hubo que solicitar la licencia indispensable. En tal virtud, y para allanar obstáculos, ambas Academias sevillanas de Bellas Artes y de Buenas Letras gestionaron, por su parte, los trámites legales para el traslado de los despojos mortales del poeta y del pintor, acudiendo a los Ministerios

respectivos de Gobernación y de Instrucción Pública, a las autoridades eclesiásticas, Inspección de Higiene, etc.; por medio de nuestro representante en la Corte, Excmo. Sr. Conde de Casa Segovia, que, con juveniles bríos, no debilitados por el transcurso de los años, demostró, una vez más, cuánto pueden el amor y el entusiasmo unidos al servicio de una idea noble y patriótica. Personalmente venció no pocas dificultades de enojosa tramitación oficinesca, sin perdonar molestia ni sacrificio. Justo es, pues, tributar aquí el más caluroso y justísimo aplauso a tan ilustre y entusiasta sevillano.

Dispuesto ya todo, y conseguida la rebaja del 50 por 100 que había obtenido de la Dirección de ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante el senador Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra, poco tiempo antes de su muerte, y convenida con la Alcaldía la fecha en que habrían de ser trasladados los restos de los ilustres hermanos, ambas Academias honráronnos con el encargo de dirigir y cuidar del ceremonial, construcción de la lujosa carroza en que fuesen transportados desde la Estación de Córdoba al templo universitario, y de los demás pormenores relacionados con la pompa fúnebre que se proyectó celebrar solemnemente.

Al mismo tiempo ocupábase la Comisión de Madrid, y muy especialmente el Excmo. Sr. D. Gonzalo Segovia, de ultimar todos los pormenores relativos a la exhumación de los restos de los hermanos Bécquer, que tuvo efecto en el día 9 de Abril, a las tres de la tarde, acudiendo al Cementerio de San Lorenzo los Sres Conde de Casa Segovia, Rodríguez Marín, Cotarelo, Marqués de Dos-Fuentes, Fernando Fé, los hermanos Alvarez Quintero, Eugenio Sellés, Castillo Soriano, Cascales, Sandoval, Flores García, Vázquez, Aldana, Carrascosa, el Director del Museo de Pintura, Sr. Villegas, y algunas otras personas que acudieron separadamente al cementerio, recordando, entre ellas, a los Sres. Carlos Luís de Cuenca, Bretón, Rodolfo Gil, Alberto Segovia, Tobía, Enrique de Mesa, Diego de San José, Lajera Candamio, José M.ª Izquierdo, Alvarez Sierra, Federico Oliver, Larrubiera, Arpe, Almela y el senador D. Luís Palomo.

El Sr. D. Antonio Maura envió al Sr. Rodríguez Marín la siguiente carta:

«Querido amigo: Me honra en extremo la invitación que, en nombre de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, tiene la bondad de dirigirme para asistir a la traslación de los restos mortales del insigne poeta Gustavo Adolfo Bécquer y de su hermano Valeriano, pintor notable, desde el Cementerio de San Lorenzo a la Estación de Mediodía, para su conducción a Sevilla, cuna de ambos.

Por tener enajenada, antes de recibir su oficio, la hora de la

ceremonia, me será imposible asistir en persona a la solemnidad, pero acompañará a la comitiva mi simpatía más calurosa, cual corresponde a mi admiración perenne por el poeta y pintor a quienes hoy se rinde homenaje digno de la alta memoria que entre nosotros dejaron.

Téngame siempre por su afectísimo amigo y S. S.,

ANTONIO MAURA."

Partieron dichos señores de la Biblioteca Nacional, punto de reunión, dirigiéndose al referido Cementerio de la Sacramental de San Lorenzo en medio de un temporal deshecho de viento, frío y agua, que robó al acto mayor solemnidad y esplendor.

El primer féretro que se abrió fué el de Valeriano, cuyos restos estaban casi deshechos; no así los de Gustavo, que se hallaron en mejor estado, conservando partes de las ropas y el calzado casi intacto, depositándoseles con respeto, rayano en veneración, en sendas arquetas que estaban prevenidas, y que fueron trasladadas a la capilla del Cementerio, donde se rezó un responso; y abiertas de nuevo, para mayor satisfacción de los presentes, después de examinados detenidamente sus contenidos, fueron cerradas.

Un incidente digno de recuerdo ocurrió en el momento en que fué abierta de nuevo la caja que contenía los restos de Gustavo. Una señora desconocida, enlutada, como de unos cuarenta a cincuenta años de edad, que, arrodillada en la capilla, oraba con el mayor recogimiento durante las preces, acercóse rápidamente a la caja que contenía los restos del poeta, y depositando sobre ellos un hermoso ramo de claveles, desapareció instantáneamente, sin dar tiempo apenas a que los concurrentes al acto tuvieran tiempo de fijarse en sus facciones, pero sí en que sus ojos hallábanse nublados por las lágrimas. Este hecho, que despertó tan natural como vehemente curiosidad, ha permanecido en el misterio, ignorándose quién fuese aquella mujer cuya alma apasionada rindió tan dulce recuerdo a las cenizas venerandas del poeta.

Dirigióse la comitiva a la Estación del Mediodía y en pos del carro fúnebre que contenía los ataudes, los cuales, una vez llegados a la estación, fueron depositados en un furgón tapizado de negro y al pie de un altar con un crucifijo y velas encendidas.

* * *

A las 9 y 40 de la mañana del siguiente día llegaron a Sevilla los restos, acompañados por el Sr. Conde de Casa Segovia, al cual esperaban en la estación el Alcalde, Sr. Halcón; el Director de la Academia de Buenas Letras, Sr. Bores y Lledó; el Secretario 1.°, Sr. D. Luís Montoto; el académico D. Santiago Montoto y Sedas; el Sr. Marqués de Torrenueva, Presidente de la Academia de Bellas Artes; el Secretario general de la misma y otros varios miembros de ambas corporaciones, entre los que recordamos a los Sres. Torres Galeote, Martínez de Torres, Rodríguez Porrúa, Lupiáñez, Chaves y el autor de este relato.

Transportadas las cajas de los ilustres hermanos desde el furgón a la capilla ardiente que se había instalado en una de las salas de la Estación, fueron abiertas en presencia de todos los asistentes, y una vez cerradas, quedaron depositadas al pie de un severo altar, dentro de lujosa urna de madera dorada y cristales, en el cual, bajo dosel de terciopelo negro, venerábanse las efigies del Crucificado y de la Virgen Dolorosa.

Rezado un responso por el Sr. Torres Galeote, el clero de la parroquial de San Vicente quedó velando los restos.

Las lluvias torrenciales que durante toda la noche y la mañana del día 10, en que llegaron los restos, no habían cesado un instante, hicieron variar a la Comisión de sus propósitos, que fueron los de haber celebrado en dicho día una solemne velada en honor de Gustavo en el grandioso salón llamado de *Murillo*, en el Museo, y una vez terminada aquélla, verificar la solemne traslación de los restos desde la Estación a la capilla de la Universidad Literaria, donde habían de ser inhumados; pero, en vista de que las inclemencias del tiempo oponíanse a estos designios, acordóse suspender dichos actos; y como quiera que los restos no podían permanecer durante la noche en la Estación, obtenido el permiso indispensable de la autoridad eclesiástica, verificóse el transporte desde aquélla a la iglesia de San Vicente, a las cinco de la tarde, en el orden siguiente: Guardias de Seguridad, Cruz parroquial y ciriales, clero con velas encendidas, presisidido por el Preste; una carroza de lujo con los restos, cubiertas las cajas por rico paño de terciopelo bordado de oro y varias magnífica coronas de flores naturales, ofrendas de los admiradores del poeta; y por último, los Presidentes y Secretarios de ambas Academias de Buenas Letras y de Bellas Artes, con numerosos individuos pertenecientes a las mismas, recorriendo la comitiva las calles Marqués de Paradas, Pedro del Toro, Plaza del Conde de Casa Galindo y San Vicente, a las cuales acudió muchedumbre de gentes.

Una vez llegados al citado templo parroquial, quedaron las cajas

depositadas en la capilla de la Hermandad de las Siete Palabras, con lujoso aparato fúnebre.

He aquí las esquelas de invitación que publicó la prensa:

†

R. I. P. A.

Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer

El transporte de los restos de tan esclarecidos Sevillanos, desde la Estación de la Plaza de Armas a la iglesia de la Universidad Literaria, tendrá lugar hoy jueves, 10 del corriente, a las tres de la tarde, procediéndose, acto seguido, a dar a los mismos cristiana sepultura en la cripta de dicha iglesia.

Las Reales Academias Sevillanas de Buenas Letras y de Bellas Artes ruegan al pueblo de Sevilla encomiende a Dios, Nuestro Señor, las almas de los finados y asista a la traslación y sepelio de sus restos.

Las invitaciones dirigidas por la Academia de Buenas Letras a las Autoridades, Corporaciones y personas distinguidas, redactáronse en la siguiente forma:

"La Real Academia Sevillana de Buenas Letras,

con el auxilio de las Excmas. Corporaciones Municipal y Provincial, y el concurso de la **Real Academia de Bellas Artes**, *celebrará el día 10 de Abril próximo, a las dos de la tarde, y en el Salón de Murillo (Museo), Junta pública y extraordinaria en honra del poeta sevillano* **Gustavo Adolfo Bécquer**; *acto en el cual pronunciarán discursos los Sres. Directores de ambas Academias; leerá otro el Excmo. Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone, individuo Preeminente de la de Buenas Letras, y varios Sres. Académicos de la misma leerán trozos selectos de las obras de aquel peregrino ingenio. Seguidamente dichas Academias concurrirán a la Estación de la línea férrea de Sevilla a Córdoba para recoger los restos mortales del poeta y los de su hermano Valeriano, pintor insigne e hijo ilustre de Sevilla, y conducirlos a la Iglesia de la Universidad Literaria, donde se les dará cristiana sepultura.*

La **Real Academia Sevillana de Buenas Letras** *espera que V. la honrará con su presencia en uno y otro acto.*

Sevilla, 31 de Marzo de 1913.

El Director,	El Secretario 1.º,
José Bores y Lledó.	Luis Montoto.

Sr. D......"

* * *

Al siguiente día, 11 de Abril, tuvo efecto la Velada con que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras rindió elocuente y sentido testimonio de su admiración al inmortal poeta, acto solemnísimo que se celebró en el grandioso salón llamado de Murillo, de nuestro Museo de Pinturas. Inmenso y distinguidísimo público llenó por completo el vasto local. En la cabecera de la nave habíase dispuesto amplio estrado tapizado de rojo, con ricos sillones de madera tallada y dorada, destinados a las autoridades, y, en el mismo, en sendos caballetes, veíanse los retratos de Gustavo y Valeriano Bécquer adornados con ricas telas de los colores nacionales, veladas con negros crespones y coronas de laurel.

La presidencia, en el estrado, fué ocupada por el Director de la Academia de Buenas Letras, Sr. Bores y Lledó, y, a su derecha, tomaron asiento el Gobernador civil Sr. Cabrerizo, el Alcalde Sr. Halcón, el general Sr. Villa, en representación del Capitán general; el Provisor, Sr. Castillo; el Comandante del Puerto, Sr. Vega Castañeda; el Director de la Escuela de Comercio, Sr. Vega, y los señores profesores Macías Portillo, López (D. Salvador) y Cruz Cuervas y el señor Montoto Rautenstrauch. A la izquierda se sentaron el presidente de la Academia de Bellas Artes, Sr. Marqués de Torrenueva; el de la Diputación, Sr. Hoyuela; el Sr. Hazañas, en representación del Rector de la Universidad; el presidente de la Audiencia Provincial, Sr. Lezameta; el Conde de Casa Segovia, el autor de estos renglones, el Director del Instituto General y Técnico, Sr. Reinoso, y el Decano del Colegio de Abogados. En el estrado bajo hallábanse los académicos de Buenas Letras, señores Chaves, Pérez López, Montoto Sedas, Llach, Camacho (D. Angel), Díaz Caro, Porrúa, García Valero, Torres Galeote, Armario y Rosado, y los de Bellas Artes señores Conde de Aguiar, Pitaluga, Muñoz Estévez, Conde de Urbina, Lupiáñez, el Senador don Tomás de Ibarra, Diputado a Cortes Sr. Cañal, Delegado de Hacienda Sr. Rivas Moreno, presidente del Ateneo Sr. Sánchez Dalp (don Miguel), y los concejales señores González Ibarra, Carrasco, Ríos Sarmiento, Mensaque, Lepe, Arbolanche, Rebolledo, Diputado provincial Sr. Custodio, general D. Polión Zuleta; y el resto de la gran nave veíase ocupado por gran número de señoras, con otras personalidades distinguidas, así como infinidad de estudiantes.

El presidente, Sr. Bores, declara abierta la Velada y concede la palabra al Sr. Conde de Casa Segovia, quien, por encontrarse afónico, cede la lectura a su hija, la ilustre escritora señorita Gertrudis, la cual es saludada con nutridos aplausos al subir al estrado.

He aquí el texto del discurso del ilustre literato:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORAS y SEÑORES:

Puedo aseguraros que jamás experimenté la intensa emoción que me domina. Venir hoy, en el final de mi accidentada vida, a llevar la voz de la Academia en este acto solemnísimo, es honra tan señalada, que corona mi existencia de la manera que más afecta a mi corazón. Hablar a Sevilla en nombre de la primera Institución literaria de esta ilustre ciudad es tarea superior a mis ya débiles fuerzas; pero no importa: Dios y la memoria de Bécquer me inspirarán; el sol y las flores de esta bendita tierra me prestarán su luz y sus colores, y vuestra benevolencia suplirá lo que me falte.

No esperéis de mí un discurso crítico; ni sé hacerlo, ni la solemnidad a que asistimos tiene ese fin. Los hombres como Bécquer no necesitan ser juzgados: el mundo del Arte dictó ya su fallo. Pocos años han bastado para otorgarle la corona merecida; y apenas había dejado el que fué, para él, valle de lágrimas perenne, su nombre resonaba en todos los oídos, pasaba los mares, inundaba las prensas y adquiría la popularidad que hoy tiene, y que crece a medida que el tiempo hace más luz y el entendimiento penetra con más fuerza en los riquísimos tesoros que encierran sus artículos, sus cartas, sus leyendas y sus rimas.

Cójase, al azar, cualquiera de sus páginas, y el que no las devore, el que no sienta con el autor, el que no lo comprenda, el que no vea la belleza incomparable de la forma y la intención y grandiosidad del asunto, arroje el libro: para ese no tiene Bécquer confianzas; para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesía.

378 ediciones hechas en América de las rimas, y, últimamente tres, magníficas, en los Estados Unidos, de 10.000 ejemplares cada una, son la mejor justificación de mis palabras.

Vengo sólo a dar rienda suelta a mi entusiasmo y a mi gratitud; a

cantar a Sevilla en sus hijos ilustres, y a los que, con tanto tesón, han llegado a conseguir que los restos de los dos hermanos Bécquer duerman el sueño eterno a orillas del Guadalquivir; en una palabra, a cuantos han contribuído al esplendor de esta fiesta, que es acto de reparación y de justicia.

Hace veintisiete años una pléyade generosa de poetas, pintores, escultores, académicos e ilustres sevillanos, concibieron la idea de levantar un monumento a Gustavo Bécquer en el sitio soñado por él, y tan admirablemente descrito en su tercera carta *Desde mi celda.* El pensamiento sólo pudo realizarse en parte: con gran solemnidad se puso la primera piedra en las orillas del río, frente al barrio de los Humeros; se colocó una lápida conmemorativa en la casa donde nació el egregio poeta; se celebró magnífica velada literaria y musical en el teatro de San Fernando, y se publicó un número especial de *La Ilustración Artística,* dedicado a los ilustres hermanos, y debido, en su totalidad, a la pluma y al pincel de vates, escritores y artistas sevillanos. Los señores Montaner y Simón, de Barcelona, editaron, con tan valiosos elementos, un precioso número, que será, en su día, una curiosidad bibliográfica.

Por desgracia, faltaron los recursos; los propósitos se estrellaron ante la dura ley de la fatalidad. Permitidme dedique un recuerdo a los que, llenos de fe, demostraron su entusiasmo, y hoy reposan en mundos mejores; y aquí surge la persona de Antonio Susillo, del admirable poeta del barro, nunca bastante llorado; los que vivimos de aquellos días, aquí estamos, y los que no han podido concurrir, están, en espíritu, aquejados del mal de ausencia.

En aquella ocasión dije, y perdonadme si lo repito: «Bécquer: tus ilusiones de adolescente van a cumplirse; a la orilla del Guadalquivir, entre el puente que conduce a la fabril Triana y el arruinado Convento de los Jerónimos, una cruz gótica y una piedra dirán que allí vive tu recuerdo; los álamos arrullarán tu sueño; el sáuce llorará tus desventuras; las campanillas y los lirios subirán a besar tu nombre, y todo un pueblo vendrá, en día señalado, a depositar coronas y flores y a proclamar tu genio, que, cual sol vigoroso, ha roto las nubes que amortiguaban su lumbre y brilla con claro e inusitado fulgor.—¡Gloria a Bécquer!—gritarán las generaciones futuras.—¡Perdón—diremos nosotros—por haberte olvidado!»

Después de estos más meritorios que afortunados intentos, parecía dormir todo en silencio; tres años ha, las dos Reales Academias que presiden este acto se propusieron que fuera un hecho el traslado de los restos a la iglesia de esta Universidad, panteón de hijos ilustres de Sevilla, y empezaron sus eficaces gestiones, coronadas hoy por el éxito, para gloria de los artistas sevillanos y para honor de los nuevos promovedores de la idea y de los auxiliares poderosos que, con fe sin igual, les ayudaron.

Mientras tanto, dos escritores, orgullo de Sevilla; dos almas hermanas por la cuna, por el ingenio, por los arranques generosos del corazón y por su amor a todo lo grande y a todo lo bello; dos autores aplaudidos, que han reverdecido los laureles de la musa dramática española, sintieron en sus nobles pechos el afán de reparar olvidos, y, poniendo en práctica los deseos manifestados hace veintisiete años por los ya nombrados iniciadores, dijeron: «Bécquer tendrá monumento; no estará en el antiguo sitio, lugar poético, pero apartado y expuesto a las inclemencias del tiempo y a los actos de vandalismo; pero se levantará, soberbio, en el hermoso Parque de María Luísa; allí, cerca del río, y al pie de gigantesco cedro, la poderosa inspiración de Coullaut Valera dará forma a las ideas, y el mármol y el bronce cantarán, para siempre, las rimas incomparables.»

La generosidad de estos dos hermanos, los señores Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, dedicando el producto de *La Rima Eterna* a la erección del monumento, encierra un doble y hermoso significado: en primer lugar, han puesto a contribución su esclarecido ingenio en loor del poeta, renunciando a todo lucro hasta estar costeado el monumento con sus extraordinarios gastos; y, luego, su idea ha sido más delicada: han hecho que España entera se asocie al homenaje; cuantos han asistido a la representación de la gentil comedia han puesto en la obra su pequeña piedra; cuantos han adquirido un ejemplar, son igualmente cooperadores. Así, al maravilloso tributo de admiración que se alza en el Parque puede llamársele monumento popular. El sacrificio es de los Quintero; gratitud y aplauso para ellos, que, llevados de nobilísima conducta, han querido compartirlos con todos los españoles.

En adelante, los viajeros que acudan a admirar a la reina del Bétis tendrán una ineludible visita que hacer: a la caída de la tarde, en esa hora de paz y melancolía, en que el sol no quiere ocultarse porque le parece que son muchas las horas que va a pasar sin alumbrar a Sevilla; y en que los azahares despiden aromas más fragantes, que suben hasta los ruiseñores que se duermen cantando en el gigantesco cedro; en esa hora, venid, turistas, a recordar las desventuras del poeta, a entonar un cántico en su honor, a levantar los ojos al cielo pidiendo reposo y dicha para quien apenas los alcanzó sobre la tierra, para el que no pudo desarrollar ni dar expansión a los torrentes de inspiración y fantasía que encerraba su cabeza, porque los azares de la vida ponían diques a sus entusiasmos y las desgracias amargaban sus horas.

¿Qué hubiera producido aquel genio en un ambiente tranquilo y sosegado? Leed las cartas *Desde mi celda*, que parecen escritas en momentos de calma, y os admirarán; deleitáos con sus leyendas de Toledo y del Moncayo, y el entusiasmo no tendrá límites. Ese es el gran valor de Gustavo Bécquer; produjo muy poco, pero esa pequeña cantidad de trabajo

es tan grande de forma, tan selecta e interesante de fondo, que ha colocado a su autor en puesto preferente entre los poetas y prosistas castellanos; cuanto brotó de su pluma es modelo de corrección y casticismo, y nadie como él llevó al papel, con mayor encanto, la leyenda y la tradición.

En aquel privilegiado cerebro bullían las más altas concepciones y pugnaban por salir los más atrevidos pensamientos; de aquella pluma se escapaban torrentes de galanura y de estilo sin igual; basta lo que hizo para colocarlo en altísimo lugar y para que comprendamos lo que hubiera hecho.

Hermano por la cuna y por el arte fué Valeriano, al que también traemos hoy a la ciudad que lo vió nacer; de raza de artistas lo fué sin duda alguna, y sus lienzos, tan entonados, como hechos de mano maestra, pregonan su valía; por eso la Real Academia de Bellas Artes honra su memoria.

Un ilustre crítico, el Sr. Sentenach, al ocuparse de Valeriano, dice: «Valeriano completa a Gustavo; entre los dos se comprende la realidad toda.»

El verdadero realismo es la unión de ambos hermanos. Valeriano era jovial, alegre, observador finísimo del mundo exterior, propenso a lo cómico, admirable en el retrato de los tipos y de las humanas variedades; chispeante y lleno de vida en la interpretación de las escenas más variadas; popular y lleno de gracia en sus motivos, haciendo resaltar siempre lo que era más lógico y propio de la localidad que estudiaba.

Un artista espontáneo de primera fuerza, en una palabra, continuador de la serie iniciada por Velázquez y seguida después por Goya, Alenza y otros en nuestro siglo.

De lo deseado por el alma romántica de Gustavo tiene ya una parte; no la cruz y la piedra soñada por el poeta, sino una grandiosa obra de arte que perpetuará su nombre; faltaba cumplir su última voluntad: que sus restos descansaran a orillas del Guadalquivir; eso vamos a realizar hoy mismo; desde el cielo nos mira y nos envía lágrimas de gratitud.

Las Academias Sevillanas de Buenas Letras y Bellas Artes, guardadoras ilustres de las tradiciones y del arte hispalense; modestas en su existir, pero firmes en sus ideales; cuidadosas del buen nombre de esta hermosa tierra, y prontas siempre a reparar injusticias, a velar por la cultura y a ponerse al frente de cualquier obra digna y meritoria que éntre en sus atribuciones, pensaron, hace tiempo, llevar a cabo el plan de los iniciadores de 1886 y completar la obra de los señores Alvarez Quintero; grandes dificultades se ofrecieron a su pro-

yecto; obstáculos, al parecer, insuperables, les salieron al paso; mas la constancia vence siempre, y, sobre todo, si es ayudada por la voluntad manifiesta de quien puede, cuando quiere, cuando del lustre de Sevilla se trata.

El Excmo. Ayuntamiento y la Excma. Diputación Provincial, a cuya cabeza figuran dos hombres de gran valía y de arranques nobilísimos, secundaron con empeño el proyecto de las Academias; lo que fué, quizás, un sueño, es hoy hermosa realidad. Ya os dije, señores, al empezar estas pobres frases, que mis palabras serían un canto de entusiasmo y gratitud, un grito del alma enardecida; y no tengáis en cuenta que la nieve cubre mi cabeza, y que debían faltarme fuerzas, agotadas por los años y los sinsabores. No.... Cuando Sevilla me llama; cuando es para hacer justicia a sus bienhechores; cuando se reparan errores; cuando se acrecienta el buen nombre y el esplendor de la ciudad de la Giralda, me siento rejuvenecido, la sangre afluye a mi pecho, las palabras brotan de mis labios, y, en este himno de amor que llena mi alma, todo me parece pálido, y quisiera tener cien voces para prorrumpir en cánticos de alabanzas, y cien manos para aplaudir; para demostrar mi cariño, con mi corazón me basta: es suficientemente grande para encerrar tesoros de ternura y alientos de esperanza.

Y es que tengo mucho que agradecer en esta campaña: a cuantos he acudido me han colmado de atenciones; a cuantos he necesitado, los he encontrado propicios; todo lo que me pareció difícil hasta aquí, se ha convertido en práctico y hacedero: bondad y patriotismo por una parte, y, por la otra, la inspiración de Bécquer bajando de las alturas.

Ahora celebramos este acto en honor de los ilustres sevillanos; pronto oiréis las elocuentes y autorizadas voces de los dignísimos presidentes de las Academias, que patrocinan este homenaje.

Poco os molestaré ya: harto benévolos habéis sido conmigo; pero he de deciros el por qué de mi designación para dirigiros mi torpe palabra, honor que jamás soñé y no olvidaré mientras aliente. Soy el académico de nombramiento más antiguo; en 1869 fuí elegido, si bien no tomé posesión hasta 1872; en ese mismo año recibió la medalla el dignísimo doctor D. Ramón de la Sota, Director honorario de esta Corporación y amigo mío muy querido, a quien deploro no ver entre nosotros; vayan a él mis palabras de afecto y mi pesar por su ausencia.

Habéis querido distinguirme en mis últimos años, y que la voz del decano, la menos elocuente, pero la más entusiasta, se levantara aquí, en nombre de esta Academia, gloria y orgullo de Sevilla. Leed

la lista de sus miembros, pasados y presentes; en la primera hallaréis cuanto de inteligente e ilustrado ha tenido nuestra ciudad: Montiano, Gutiérrez de los Ríos, Huerta, Trigueros, Bruna, Iriarte, Florida-Blanca, Carvajal, Forner, Arjona, Blanco, Mármol, Reinoso, Lista, Matute, Castillo, Fernández Espino, de Gabriel, Colón, Huidobro, Latour, Escudero, Bueno, Asensio, Demetrio de los Ríos, Guichot, Arbolí, Velilla, Lasso de la Vega y otros cien, le han dado brillo inusitado, y hoy la integran lo más selecto de los literatos y hombres de ciencia sevillanos. ¡Loor a las dos Academias, que mantienen incólume y sin entibiarse el fuego sagrado del arte y las letras!... ¡Qué emoción la mía al representarlas hoy!... Habéis querido, lo repito, que mis días no se terminen sin este honor, y os diré con el poeta:

«Hecho habéis que no se apague
mi último sol sin brillar;
yo no os lo puedo pagar,
pero arriba hay quien lo pague.»

Dentro de pocos momentos iremos de aquí, en numerosa y entusiasta comitiva, a recoger los restos de los artistas que honramos. Sevilla entera saldrá al paso; desde las alturas nos bendecirán los hermanos, y este día quedará grabado en la memoria de todos porque es fiesta de cultura, de reparación, de homenaje; es la reparación ante pobres restos, polvo para la fosa, hermosura y esplendor para el espíritu; es la manifestación de que Sevilla cumple siempre con sus hijos, y habéis tenido el acierto en la celebración de la ceremonia, que, ante los ojos de cuantos la contemplen, presentáis maravillas del arte y visiones del cielo. Aquí nos encantan las joyas más preciadas de Murillo, Zurbarán, Valdés, Torrijiano, Montañés y otros muchos; a donde dirijáis vuestras miradas, allí os asombrará la obra del genio. ¡Qué lugar tan privilegiado para hablar de artistas!

Y luego iremos a la soberbia iglesia de la Universidad, que será panteón de hijos ilustres de Sevilla, donde brillan, con fulgor extraordinario, cuadros y esculturas de mérito reconocido por el mundo. Vamos de un templo a otro; hablamos de los muertos, en este Museo, gloria hispalense, y los llevamos, para que allí descansen, a otro verdadero Museo, por cuyo esplendor ha trabajado con celo verdaderamente admirable el dignísimo señor Rector D. Francisco Pagés, a quien debe la Universidad gratitud inmensa. Estamos delante de una ceremonia que debiera ser triste, y es de expansión y entusiasmo; ante la muerte, que es inevitable, rezamos y doblamos la cabeza para levantarla en seguida y dar gracias al cielo, que nos ha conce-

dido genios tan preclaros, y que ha despertado la ardorosa voluntad de tantos, en el pasado y en el presente, para que se cumpla el ferviente deseo de Gustavo, «que quería dormir el sueño eterno a orillas del Guadalquivir;» y es bien seguro que, el complemento de sus aspiraciones, hubiera sido tener a su lado, en el sepulcro, a su hermano del alma, a su fiel Valeriano ¡Dormid en paz.... estáis complacidos; ya nos habéis perdonado!...

Voy a terminar estas desaliñadas frases, que sólo tienen el valor de lo espontáneo y de lo sentido; creo haber expresado mi gratitud a cuantos, antes y ahora, han contribuído a esta hermosa manifestación; si no lo hubiera conseguido, no culpéis a mi voluntad, y recibid, todos, el testimonio más caluroso de mi afecto.

«Gustavo Adolfo—decía el malogrado Román Pereyra, cantor maravilloso de Bécquer:—si en la región de las almas llegan hasta ti los acentos mezquinos de la tierra; si pesan todavía en la balanza de tus sueños los homenajes tardíos, pero gloriosos, de la justicia póstuma; si, desprendido por completo de las miserias y amarguras de la vida, has realizado, al fin, en el seno de la inmortalidad, tus ideales de niño; cuando a los rayos ardientes del sol de Andalucía vagabas, melancólico, bajo las altísimas arcadas de la Catedral gótica, al pie de la morisca atalaya recamada de ajimeces, o en el valle predilecto que formaba la ribera, entre las lágrimas tristísimas del sauce y la sonrisa de las campanillas azules, vuelve tus ojos hacia este pedazo de tierra que te fué siempre tan querido, y, al recoger el tributo de las generaciones, que han aprendido en tu libro a saber cómo lloran los hombres, pide para ellas esa vida fecunda y próspera de los pueblos libres que saben honrar al genio, donde quiera que se presenta, y no acercan nunca a sus labios el cáliz de la tribulación y del olvido.»

Y ahora, permitidme que deje correr la pluma, por un momento, en digresión impuesta por el amor y los recuerdos. Sevilla, mi Sevilla presente, eres la señora de mis pensamientos; lejos de ti, el torcedor tristísimo en la ausencia; tu cielo y tu suelo son luz a los ojos y alegría al alma; tus maravillas llenan la mente de prodigios, que se creerían soñados si no se tocasen y se admirasen; tu historia es grande, como lo han sido siempre tus hijos, y ocupas en su libro página de oro; eres la fiel, la invicta; la que despierta entre azahares y se aduerme bajo un firmamento de azul purísimo y un manto recamado de estrellas; en ti pasé los mejores años de mi existencia; tú me diste posición, nombre, honores, y me miraste siempre como a hijo predilecto; el día en que los azares de la vida me hicieron dejarte, sangre había en mis lágrimas y luto en mi corazón;

por ti no encontraría sacrificio bastante fuerte, no me dolerían pruebas ni angustias; en ti quiero morir, y que mis últimas palabras sean para mi Dios, para mis hijos y para ti.... ¡Sevilla, hoy me honras, hoy me conmueves: Sevilla, bendita seas!...

Delirante ovación acogió las últimas frases del tan sentido como precioso discurso del Conde de Casa Segovia, la cual se reprodujo con mayor intensidad al levantarse éste a dar gracias profundamente afectado. A seguida, el Vicedirector de la Academia de Buenas Letras, que esto escribe, leyó, desde la cátedra, el fragmento de una de las inimitables cartas *Desde mi celda*, en que el gran poeta habla del destino futuro de su cuerpo; y después, los señores Chaves y Montoto (D. Santiago) leyeron, respectivamente, las delicadísimas poesías *Los ojos verdes* y *La Rima Eterna.*

Accediendo a las instancias del público, leyó, asimismo, la señorita de Segovia, la hermosa poesía inédita que dedica al poeta, intitulada:

EL GENIO NO MUERE

Vierte su lumbre el sol por el Oriente
desgarrando los cárdenos celajes,
y baña con su luz resplandeciente
los calados encajes
de la gallarda y secular Giralda,
engarzando en el oro de sus rayos
los campos de esmeralda.
La reina de las flores,
como beldad coqueta,
se envuelve entre fulgores,
se cubre de claveles y azahares
para ensalzar a su inmortal poeta.
Y este sol, y esta luz, y esta alegría,
surgiendo al borde de un sepulcro abierto,
parece que nos dicen a porfía:
—¡Tu poeta, Sevilla, no está muerto!...—

No ha muerto, no, quien vive en la memoria
de la hermosa ciudad que fué su cuna;
no ha muerto el que dejó su excelso nombre,
en el libro esplendente de la gloria
escrito con un rayo de la luna.
Perdurará el renombre
del que, a la voz de mágico conjuro,
dió vida al mármol duro,
un alma a las rüínas y a la yedra;
del que hizo palpitar en viejo muro,
en ábside ojival de antiguo templo,
a la mujer de piedra.
En torno de su fosa
verán vagar los siglos venideros
gnomos, pastores, monjes y guerreros,
generación de ensueño silenciosa.
Mujeres inmortales
de rostros ideales:
la perla de Hattah, Siennah la hermosa.
Margarita, la amante abandonada.
Beatriz de Borges, fría y desdeñosa.
De la pálida luna, el blanco rayo
que Manrique creyó mujer soñada.
A la par que vendrán desde el Moncayo,
Magdalena, la rubia enamorada
que hablaba con el agua y con el viento.
Su hermana Marta, altiva y seductora,
ruda morena, de sentir violento,
que eternamente llora
del gnomo prisionera.
Constanza, la hermosísima hechicera
a quien Garcés adora,
envuelta en su dorada cabellera.
Y la ninfa incorpórea de la fuente,
de ojos verdes y tez de nieve y rosa:
como el agua en que vive, transparente;
como el agua también, fugaz y hermosa.
Y tras ellas vendrán, cruzando el Tajo,
de fértiles orillas,
la altiva doña Inés de Tordesillas.
María Antúnez, la amante de Orellana,
el sacrílego y loco enamorado.

Sara, la mártir, que murió cristiana.
La monja toledana,
visión de amor, espíritu soñado.
Elvira Castañeda, fiel esposa
del ínclito guerrero,
que su cuerpo de piedra alzó en la fosa,
vibrante de coraje,
para vengar, en cínico extranjero,
de su honor sin mancilla, el vil ultraje.
Envuelta entre los pliegues de su manto,
llegará de Fitero
la mora que hechizó, con dulce encanto,
al cristiano y valiente caballero.
Y esta legión de amantes ideales
que rinden al poeta pleitesía,
al compás de los himnos celestiales
de Santa Inés, torrentes de armonía
con una aún más hermosa se acrecienta,
nacida en el verjel de Andalucía,
¡la triste enamorada de la Venta!

. . . .

Llegad, bellas mujeres del ensueño,
creaciones divinas;
velad, amantes, el tranquilo sueño
del cantor de las negras golondrinas;
escuchad su gigante *Miserere*,
besad el borde del sepulcro abierto,
que Bécquer no está muerto:
¡el Genio nunca muere!
Su inspiración perdura,
y como el astro rey, doquier fulgura
el pensar de su mente soñadora,
que en leyendas y estrofas ha grabado
el sentir de su pecho enamorado,
que en las aladas rimas siempre llora.
Por eso, al ver la losa que sepulta
al mágico cantor de Andalucía,
pienso que el Genio, como el sol, se oculta
para alumbrar mejor el nuevo día.

Una verdadera ovación fué tributada por el público a la ilustre poetisa.

El presidente de la Academia de Bellas Artes, Sr. Marqués de Torrenueva, pronunció el siguiente discurso:

«EXCMOS. SEÑORES:

SEÑORAS y SEÑORES:

La Real Academia de Bellas Artes no podía dejar de tomar parte en el homenaje que se rinde a la memoria del insigne Gustavo Adolfo Bécquer, ni olvidar a su hermano Valeriano, pintor muy estimable de su época.

Nuestra misión, respecto al primero, se reduce a asociarnos, con nuestra presencia, a este solemne acto, felizmente iniciado y brillantemente realizado por la Real Academia de Buenas Letras; al segundo tenemos que dedicarle un recuerdo, siquiera sea deficiente, por ser yo el obligado a ejecutarlo por el deber que mi cargo me impone.

Es tradicional, en la Academia de Bellas Artes, el honrar la memoria de los artistas sevillanos que obtuvieron la admiración de sus contemporáneos: recientemente lo hemos hecho, con la modestia que nuestros recursos económicos lo permiten, con los ilustres pintores Jiménez Aranda, Sánchez Perrier y García Ramos.

Si en la ocasión presente nos salimos de los moldes ordinarios, débese a la subvención de la Excma. Diputación Provincial, que siempre acude, solícita, a favorecer a esta Academia, a pesar de las cargas que sobre ella pesan, por lo que me complazco en rendirle público testimonio de nuestra gratitud.

Tienen, a mi juício, estos actos un doble carácter: el de enaltecer la memoria de los que ya no existen y el de alentar a la juventud, modesta y laboriosa, que recorre penosamente el camino de la vida, ansiosa de conquistar una posición y un nombre.

No fué Valeriano Bécquer astro de primera magnitud como su hermano Gustavo, mas tuvo condiciones y cualidades suficientes para ser un pintor estimable de su época, que no debe quedar en el ol=

vido, y digno de ser presentado ante vosotros con un relieve que yo no puedo darle.

Muy niño sintió los rigores de la orfandad, mayores aún cuando van acompañados de la indigencia.

Recibió las primeras lecciones de dibujo de su tío, el profesor de nuestra Escuela de Bellas Artes, D. Joaquín Domínguez Bécquer, y luego del gran maestro D. Antonio Cabral Bejarano, que le distinguió mucho.

La imperiosa necesidad de vivir de su trabajo desde la infancia le obligó a dibujar y pintar para la venta, sin la suficiente preparación y reposo; éste le faltó durante toda su vida, y es una circunstancia muy de tener en cuenta para juzgarle y comprender que, de haber vivido con algún bienestar y relativa tranquilidad, que siempre le faltó, pues, como su hermano, fué muy desgraciado en su vida familiar, nos habría legado obras mejores y más serias de las que conocemos.

En los años de 1856 a 1860 trabajó en diversas obras y periódicos editados en Sevilla; en 1858 obtuvo una medalla de plata en la Exposición que se celebró en esta ciudad.

Marchó a Madrid para unirse a su hermano Gustavo; pronto se dió a conocer, y obtuvo una pensión del ministro de Fomento, Alcalá Galiano, para que estudiara tipos y costumbres; fruto de sus viajes fueron los cuadros de costumbres castellanas y aragonesas que se admiran en el Museo de Arte Moderno, de Madrid.

Poco le duró la pensión; dejó por algún tiempo los pinceles y se dedicó a dibujar caricaturas y a ilustrar artículos, entre otros, el de su hermano Gustavo, titulado *Un tesoro*.

Fué, por aquella época, el dibujante predilecto de los editores, colaborando en *El Arte en España, Museo Universal, La Ilustración de Madrid, La Ilustración Española y Americana, La Ilustración Artística*, y en otras más.

Cuando los dos hermanos, íntimamente unidos siempre por el cariño, el sentimiento artístico y las desdichas y penalidades de la vida, parecía que habían encontrado un mediano bienestar, una enfermedad, soportada, como todas las aflicciones de su vida, con triste y amarga resignación, pero resignación, al fin, de los que padecen y esperan, le ocasionó la muerte, en Septiembre de 1870, a los treinta y seis años de edad.

Algo más pensaba decir; desisto de ello por haberlo tratado el Sr. Conde de Casa Segovia en su brillante discurso, magistralmente leído por su hija, la inspirada y notable poetisa sevillana, y porque desearéis escuchar, cuanto antes, la palabra siempre elocuente y castiza del Director de la Academia de Buenas Letras, Sr. Bores.»

Las sentidas frases del Marqués de Torrenueva fueron celebradas por el público con visibles muestras de agrado y complacencia, terminando el acto con el elocuente discurso del Sr. Bores, en representación de la Academia de Buenas Letras, que a continuación transcribimos:

EXCMOS. E ILTMOS. SEÑORES:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Una vez más la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, respondiendo a los fines de su institución, inspirándose en sus tradiciones gloriosas, interpretando los sentimientos de esta noble ciudad, y asociada a ella con una iniciativa oportunísima la Real Academia de Bellas Artes, consagra el más solemne de sus actos a honrar la memoria de dos sevillanos ilustres, de Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer, a quienes, si sus contemporáneos no tributaron el merecido homenaje de admiración, la posteridad ha hecho justicia, levantándolos sobre el pedestal luminoso de la inmortalidad, donde se asienta el Genio.

En esa labor reparadora, la patria del inspirado vate y del pintor fecundo; la ciudad que tanto amaran, por la que suspiraron siempre, cuando las tristes y dolorosas y amargas y prosaicas realidades de la vida les obligaran a abandonarla; la de la Giralda esbelta, a cuya sombra quisieron dormir el sueño eterno; la del rumoroso Bétis, a cuyas ninfas y a cuyas ondinas encomendó el poeta la guarda y custodia de su soñado mausoleo, no podía permanecer indiferente; y si un día, como nos recordaba el Sr. Conde de Casa Segovia, colocó una lápida conmemorativa en la casa donde nació Gustavo Adolfo; y si otro levantó, en el Parque de María Luísa, el genial y emblemático monumento escultórico que concibieron y donaron a la ciudad los hermanos Alvarez Quintero, y que de modo tan admirable trazó el artístico cincel de Coullaut Valera, hoy, celebrando está sesión solemne, y yendo, luego, a inhumar los restos de los dos hermanos en la cripta de la iglesia de la Universidad Literaria, Sevilla, representada por sus autoridades de todo orden, por sus Cor-

poraciones más respetables, por sus hombres más eminentes, por cuanto en ella significa y vale, deposita la ofrenda de sus respetos, tributa el homenaje de sus entusiasmos, glorifica, en fin, con el hosanna de sus loores y de sus vítores, al cantor de las *Rimas* y autor de las cartas *Desde mi celda* y al pintor estimable y sobresaliente.

Ocioso sería, después del elocuentísimo discurso del Sr. Conde de Casa Segovia, y de las palabras, no menos elocuentes, del digno Director de la Real Academia de Bellas Artes, Sr. Marqués de Torrenueva, donde, con tanta competencia como galanura de frase, se han ofrecido a nuestra consideración las figuras de Gustavo Adolfo y de Valeriano Bécquer; ocioso sería, digo, que yo tratase de penetrar en ese espigado campo, donde el más hábil rebuscador no encontraría las flores necesarias para formar un sencillo ramillete; pero como el cargo que inmerecidamente ocupo me impone el inexcusable deber de cerrar esta sesión con algunas palabras que sean como el epílogo de ella, os diré algo respecto a lo que yo considero que significan este acto y el que a continuación vamos a celebrar, independientemente de su carácter, de testimonio, de homenaje, de tributo, de ofrenda.

Estos actos son, señores, el cumplimiento de una obligación. Porque obligación imperiosa y sagrada es, para los pueblos, cumplir aquellos encargos que sus hijos beneméritos les encomiendan.

Gustavo Adolfo Bécquer, con la intuición maravillosa del Genio, pareció vislumbrar y predecir algo de lo que a él y a su hermano Valeriano había de acontecerles.

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

exclama en una de sus más sentidas y delicadas composiciones poéticas.

Era que, penetrando con su mirada de vidente en las profundidades de lo porvenir, veía sus restos y los de su hermano, allá en Madrid, en el lóbrego patio de una ciudad de la muerte, fronteros los del uno a los del otro, solos, abandonados, sin una mano amiga que fuera a derramar flores sobre sus tumbas, sin unos ojos amantes que derramasen lágrimas a su recuerdo, sin unos labios cariñosos que elevaran al cielo una oración por sus almas.

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

Y Bécquer, naturaleza poética y soñadora, aunque aspiraba a la quietud y al silencio en el sueño último, no quería, no, que ese

silencio y esa quietud fueran los de la glacial indiferencia, sino los del amor, que tenuemente suspira; los del afecto, que recatadamente llora; los del cariño que, callada, pero fervorosamente, reza.

Y el poeta quería más. Y al quererlo para sí, queríalo también para su hermano, con el que estuvo tan íntima, tan estrechamente unido por el doble vínculo del nacimiento y del Arte.

«Yo soñaba—dice en la tercera de sus cartas *Desde mi celda*—que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus hijos ilustres.»

Pues bien, señores: Sevilla, en el día de hoy, da satisfacción a los anhelos del poeta, cumpliendo el encargo que éste le encomendara.

Por eso, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras no ha cejado en su empeño, hasta conseguirlo, de traer a esta ciudad los restos de Gustavo Adolfo.

Por eso, a nuestra iniciativa ha correspondido la de la Real Academia de Bellas Artes, procurando que vinieran también los restos de Valeriano, para que, los que tan unidos estuvieron en vida, continuaran estándolo en muerte.

Por eso, ambas Corporaciones van a depositar esos restos queridos a la sombra de la moruna torre, como ellos deseaban, no lejos del caudaloso río, cuyas márgenes fueron predilecto lugar de esparcimiento para los dos hermanos; pero en la cripta de la iglesia de la Universidad, bajo los amorosos brazos de la Cruz que habrá de cobijarlos, para que el aroma de la oración, como las espirales del incienso, se eleve constantemente a las alturas en demanda de descanso eterno para sus almas; allí, allí, en el panteón de los hijos beneméritos de esta ciudad; allí, donde reposan las venerandas cenizas de D.ª Catalina de Rivera y de los Duques de Alcalá y de Arcos, representantes de aquella nobleza que consagraba lo más saneado de sus bienes a empresas patrióticas y caritativas; y las de Arias Montano, el filólogo insigne, el asombro del Tridentino, el de la Biblia políglota y las antigüedades judaicas; y las de Rodrigo Caro, el analista concienzudo, el de las antigüedades sevillanas y las inscripciones de Utrera; y las de Arguijo, el de los sonetos esculturales, como dijo Menéndez y Pelayo; y las de Lista, el literato y matemático eminente; y las de Reinoso, el de la *Inocencia perdida;* y las de Amador de los Ríos, y Fernández Espino, y Martín Villa, y Alava, y Bedmar, y Mateos Gago, y San Luís, y Rivero y.... tantos y tantos otros como constituyen el brillante catálogo de los hijos ilustres de Sevilla; ese catálogo en el que, desde hoy, figuran escritos, con letras de oro, los nombres de Gustavo Adolfo y de Valeriano Bécquer.

Las Reales Academias de Buenas Letras y de Bellas Artes—permítame el digno Director de la última que, en este momento, lleve la voz de ambas—se sienten orgullosas de sus iniciativas, pero también se sienten llenas de honda, de profunda, de intensa gratitud. En primer lugar, ante todo, por merecido privilegio del Arte y del sexo, hacia la distinguida poetisa señorita D.ª Gertrudis Segovia, que ha venido a dar en este acto la nota más delicada y más simpática, siendo en él la representación de la mujer española cantada por Bécquer; de esa mujer que pasa, anónima, por Madrid, arrojando una brazada de claveles sobre los restos del poeta, y que aquí le glorifica en sonoros y armoniosos versos; y después, hacia las Excelentísimas Corporaciones Municipal y Provincial, que con tanta generosidad como largueza han subvenido a todos los gastos que ha sido necesario efectuar para traer a Sevilla los restos de los hermanos Bécquer, y para que estos actos revistan la solemnidad debida; y hacia las autoridades, que tan solícitas han acudido a nuestro llamamiento; y hacia las Corporaciones, cuyos representantes nos honran con su presencia; y hacia el Sr. Conde de Casa Segovia, que ha puesto al servicio de ambas Academias sus extraordinarias dotes de actividad y sus singulares talentos; y hacia los señores Diputados y Senadores por la provincia, que han gestionado en los altos Centros directivos los permisos y autorizaciones que se requerían; y hacia la prensa periódica, que ha coadyuvado a la realización de nuestros propósitos con sus extraordinarios medios de publicidad y de propaganda; y, finalmente, hacia el pueblo entero de Sevilla, que en el día de hoy se enaltece a sí propio, enalteciendo la memoria de los hermanos Bécquer, porque nada honra tanto a los pueblos como tributar el homenaje de sus respetos, de su admiración y de su cariño, a sus hijos ilustres.»

El público tributó al elocuente orador nutridos aplausos, e inmediatamente púsose en marcha la comitiva, dirigiéndose a la iglesia de San Vicente, a cuya puerta, en la Plaza del Cardenal Cisneros, veíase ya dispuesta la gran carroza en que habían de ser transportados los restos. Hallábase ésta compuesta por una amplia plataforma rectangular, adornada en sus cuatro lados por sendos pabellones de paño negro con flecos de oro; las ruedas y líneas superiores del rectángulo, revestidas de guirnaldas de laurel; encima de la plataforma levantábase un cuerpo, en cuyos lados mayores resaltaban unos medallones con las cabezas de los ilustres sevillanos, y, en los menores, atributos fúnebres. Adornaban cada uno de los ángulos de es-

te cuerpo hermosas coronas de laurel, y sobre el mismo asentaba lujoso féretro, apoyado en garras de leones y otros adornos de madera tallada y dorada, que resaltaba sobre fondo de paño negro. Cuatro pebeteros sostenidos en bronceados trípodes, destinados a incinerar perfumes, adornaban los ángulos de la carroza; y desde grandes argollas doradas, que tenía el féretro en su parte superior, pendían largas cintas de raso negro, que habrían de ser llevadas por las Autoridades y Académicos. Daban guardia de honor



Salida de la comitiva de la iglesia de San Vicente.

a la mencionada carroza doce criados del Ayuntamiento, con lujosas libreas.

Poco tiempo tardó en quedar constituída la comitiva en esta forma: Abría marcha una sección de la guardia municipal a caballo, con uniformes de gala; después, el clero parroquial de San Vicente, con cruz alzada; músicos y cantores siguiendo la carroza, tirada por seis caballos completamente cubiertos con negras gualdrapas, los cuales eran conducidos del diestro por doce lacayos severamente vestidos con largas libreas negras; las cintas del féretro eran llevadas

por los señores Diputados provinciales Llach, Custodio y Guerra Camarero; por los Concejales señores Ruíz de Rebolledo, Ríos Sarmientos y Lepe; por los Académicos de Buenas Letras, Chaves, Montoto (D. Luís) y Gestoso, y por los de Bellas Artes, Ibarra (D. Tomás), Conde de Aguiar y Pitaluga. El duelo, que era muy numeroso, hallábase compuesto por representantes de todas las Corporaciones y Centros docentes de la capital, y presidido por los señores Alcalde D. Antonio Halcón; el Provisor, Sr. Castillo, en nombre del Sr. Arzobispo, y los presidentes de las Academias de Bellas Artes y de Buenas Letras, señores Marqués de Torrenueva y Bores y Lledó.

Dirigióse la comitiva por las calles de San Vicente y Alfonso XII, en la segunda de las cuales, y ante las puertas de la iglesia de San Antonio Abad, detúvose, mientras el clero entonó un responso, continuando por la Plaza del Duque y calles de la Unión y Orfila, donde hubo de cantarse otro responso, llegados ante la capilla de San Andrés, siguiendo desde aquí, sin interrupción, hasta las puertas de la iglesia de la Universidad.

El paso de la comitiva por todas las calles del trayecto fué verdaderamente solemne y conmovedor. Apiñábanse las gentes, dificultando el tránsito, guardando la mayor compostura y religioso silencio, que sólo era interrumpido por los cánticos sagrados; aparecían los balcones luciendo colgaduras, henchidos de espectadores, perdiéndose en el espacio las blancas nubes que exhalaban los pebeteros de la carroza.

El pueblo sevillano descubríase respetuosamente al paso de la comitiva, compenetrado de la significación del solemne acto.

Descendidas las cajas con los preciados restos del féretro en que fueron transportadas, y en manos de las Autoridades y de los Académicos de Buenas Letras y Bellas Artes, recibidos en la puerta del templo por el Rector, Sr. Pagés, por los catedráticos y por todo el personal subalterno de la Universidad, fueron conducidos hasta el centro del crucero, en donde habíase instalado severo y rico túmulo, que se alzaba sobre enlutada plataforma, rodeada de rica candelería de plata y de madera dorada, y en sus ángulos varios candelabros de cuatro brazos, en que ardían sendos blandones. A ambos lados del túmulo, rindiendo guardia de honor durante la ceremonia, veíanse los ujieres municipales; servidores de la Universidad y de la Academia de Bellas Artes, con cirios encendidos; y en análoga disposición hallábanse los estrados en que tomaron asiento las autoridades y el duelo. En el del lado de la Epístola, el Rector, Sr. Pagés; Gobernador, Sr. Cabrerizo; Presidente de la Diputación, Sr. Hoyuela; general Sr. Villa; Alcalde, Sr. Halcón; Director de la Academia de Buenas Le-

tras, Sr. Bores; Presidente de la de Bellas Artes, Marqués de Torrenueva; Provisor del Arzobispado, Sr. Castillo, y los señores Académicos Conde de Casa Segovia, Díaz Caro, Cañal, Montoto (padre e hijo), Armario Rosado, Torres Galeote, García Valero, Hazañas, Chaves; y en el del lado del Evangelio, el claustro de Doctores de la Universidad, Catedráticos de la Escuela de Medicina y de todos los demás Centros docentes de Sevilla.

Seguidamente comenzó la solemne Vigilia a gran orquesta, dirigida por el Sr. Carretero, cantándose magistralmente por el tenor Sr. Orge, barítono Sr. Godoy y bajo Sr. Oliveros, y una vez concluída, fué entonado solemne responso del maestro Calahorra.



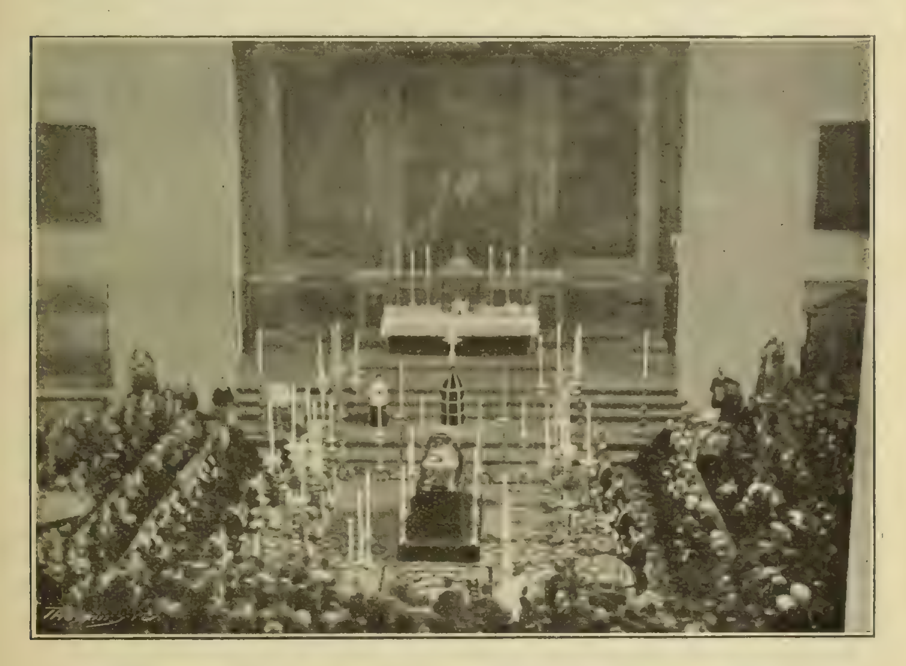
Paso de la comitiva por la Plaza del Duque.

Terminada la ceremonia religiosa retiróse el clero, siendo conducidas las cajas con los restos, hasta la entrada de la cripta que se halla al pie del altar de la Concepción, por los Sres. Rector de la Universidad, Conde de Casa Segovia, Bores y Lledó y el autor de estas páginas.

Del recibimiento e inhumación de los restos levantóse acta por el Secretario de la Universidad, Sr. Palomo, redactada en los siguientes términos:

«En la ciudad de Sevilla, a once días del mes de Abril de mil novecientos trece, se reunieron en esta Universidad Literaria el Ilustrísimo Sr. Rector D. Francisco Pagés y Belloc, los Sres. Decanos de las distintas Facultades y gran número de señores Catedráticos y Doctores de su claustro, para recibir la comitiva fúnebre organizada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, con el auxilio de las Excelentísimas Corporaciones Municipal y Provincial y el concurso de la Real Academia de Bellas Artes, que conducía los restos mortales de los esclarecidos sevillanos Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer, a los que habría de darse cristiana sepultura en la cripta de la iglesia de esta Escuela, donde también yacen los de otros ilustres y eximios hijos de ella, para lo cual se habían recibido superiores autorizaciones de los Excelentísimos Sres. Ministro de la Gobernación e Instrucción Pública y Bellas Artes.—A las cuatro y media llegó la mencionada comitiva, de la que formaban parte el Ilmo. Sr. Gobernador eclesiástico Sede plena, D. Miguel del Castillo Rosales; los Excmos. Sres. D. Francisco Cabrerizo, Gobernador Civil de esta provincia; D. José Bores y Lledó, Director de la Real Academia de Buenas Letras; D. Antonio Halcón y Vinent, Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento; D. Manuel Hoyuela y Gómez, Presidente de la Excma. Diputación Provincial; D. Carlos de la Lastra y Romero de Tejada, Marqués de Torrenueva, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes; D. Gonzalo Segovia y Ardizone, Conde de Casa Segovia; D. Adolfo Villa y Miguel, General de División, en representación del Capitán general de la segunda región; D. José Gestoso y Pérez, Secretario general de la Real Academia de Bellas Artes; D. Polión Zuleta y de los Reales Carniceros, General de Brigada; D. Tomás de Ibarra y González, Senador del Reino, y D. Carlos Cañal y Migolla, Diputado a Cortes; los Ilmos. Sres. D. José de Lezameta, Presidente de la Audiencia Provincial; D. Modesto Abín y Pinedo, Prefecto de Estudios de la Universidad Pontificia; D. Ricardo de Checa y Sánchez, Decano del Ilustre Colegio de Abogados; don Francisco Rivas Moreno, Delegado de Hacienda; Sres. Decanos de los Colegios Notarial y de Procuradores, Directores y Profesores de todos los Centros docentes de esta capital y numerosos miembros de las citadas Corporaciones.—Acto seguido fué colocado en severo túmulo el sarcófago en que estaban depositados los referidos restos, tomando asiento en el estrado, y en el orden de preferencia establecido para estas solemnidades, todas las autoridades, corporaciones asistentes,

distinguidas señoras, gran número de estudiantes y multitud de todas las clases sociales. Cantado el oficio fúnebre, con acompañamiento de orquesta, procedióse a la inhumación de tan preciadas cenizas en la bóveda del lado de la Epístola, y al pie del altar de la Inmaculada, siendo conducidas, las de D. Valeriano, por los Sres Pagés y Gestoso, y las de D. Gustavo Adolfo por los Sres. Bores y Conde de Casa Segovia, con lo cual se dió por terminado el solemne homenaje rendido por esta ciudad a sus preclaros hijos, levantándose la presente acta, que firman todas las autoridades expresadas; y de cuyo contenido, como Secretario general de esta Universidad, certifico.—*Dr. Miguel Castillo* (rubricado).—*Francisco Pagés* (rubricado).—*Antonio Halcón* (rubricado).—*Francisco Cabrerizo* (rubricado). —*José Bores* (rubricado).—*Manuel Hoyuela* (rubricado).—*Adolfo Villa y Miguel* (rubricado).—*Polión Zuleta* (rubricado).—*José Lezameta* (rubricado). —*C. Cañal* (rubricado).—*José Gestoso* (rubricado).—*El Marqués de Torrenueva* (rubricado).—*Modesto Abín* (rubricado).—*Ricardo Checa* (rubricado).—*Tomás de Ibarra* (rubricado).—*El Conde de Casa Segovia* (rubricado).—*Francisco Rivas Moreno* (rubricado).—*José M.ª Escudero* (rubricado).—*Antonio Palomo y Ruíz* (rubricado).»



Solemne Vigilia en el templo de la Universidad.

Después de tan solemnes ceremonias, de tan sentidos homenajes tributados a la memoria del más dulce y soñador de nuestros poetas, aún la Academia Sevillana de Buenas Letras pretendió más; preciso era que el lugar donde yacían los preciados restos no permaneciese desconocido, antes bien fuese ostensible, no sólo para los entusiastas del gran romántico, sino para los extraños, para cuantas numerosas personas acuden a esta ciudad, devotos peregrinos del Arte, de la Tradición y de la Historia, los cuales buscarían con ansia su tumba para depositar ante su fosa las ofrendas de su amor y de su admiración.

Habíase, al fin, logrado sacar sus cenizas «de la estantería de una Sacramental; ya por lo menos, no correrían el riesgo de ser arrojadas del miserable asilo por retraso en el pago de su habitación, a fin de dejar lugar a otras; ni tampoco veríanse expuestas a ser reconocidas por medio de lápidas con filetes de relumbrones, décimas y coronas de flores de trapo y siemprevivas de comerciantes de objetos fúnebres; ni tampoco por alguna redondilla elogiando las virtudes domésticas de su dueño e indicando precisamente el día y la hora de su nacimiento y de su muerte....» No, todos estos recelos, que en tiempos juveniles asaltaran la mente del inmortal poeta, han desaparecido; y sus restos mortales, ya que no duermen en gótico sarcófago el eterno sueño, bajo las gigantescas bóvedas ojivales de un templo, o bajo las sombrías arcadas de un claustro bizantino, reposan en monumental capilla, santuario del Arte, y en compañía de próceres ilustres, de egregias damas, de bizarros caudillos, de sabios insignes y de eminentes literatos. ¡Qué otro medio más adecuado para la glorificación del poeta, ni más en armonía con las aspiraciones de su alma, con los ensueños que acariciara en su mente! Pero, repetimos, era necesario que la tumba de Bécquer fuese de todos conocida, que se revelase a la vista de las gentes, para que las generaciones venideras, admiradoras de su talento, identificadas con su espíritu, amantes de su gloria inmortal, sintiesen el dulce consuelo de conocer el lugar de reposo de sus venerandas cenizas.

La Real Academia de Buenas Letras, no satisfecha, como antes dijimos, por cuanto había hecho para enaltecer la memoria del gran poeta, aspiraba a tan nobilísimo empeño; pero ¡cómo realizarlo, casi agotados ya los recursos que facilitaran nuestras Corporaciones populares!

La misma tarde en que fueron inhumados los restos de los hermanos Bécquer en la capilla universitaria, reuníamonos, para tratar de la manera de conseguir nuestros deseos, los Sres. Conde de Casa Segovia, Bores, Montoto (D. Luís) y yo, en el domicilio del primero. La casualidad llevó a formar parte de la reunión a otro entusiasta



Monumento fúnebre de Gustavo Adolfo Bécquer en la iglesia de la Universidad.

de Gustavo Adolfo, al Marqués de Casa Dalp, y cuando cada uno de nosotros propuso los medios que se le ocurrían para arbitrar recursos, un arranque de generosidad del último puso fin a toda discusión, al ofrecerse, desde luego, a costear el sencillo, si bien expresivo monumento, que habíamos imaginado. Diéronnos nuestros compañeros ámplias facultades para proceder en seguida a la ejecución de nuestro proyecto, que hubo de ser aprobado por los presentes, y, sin pérdida de tiempo, acudimos al joven artista Eduardo Muñoz, para que, según nuestras instrucciones, hiciese el modelo, intérprete del pensamiento concebido, que en breve aquél ejecutara con el mayor acierto, inspirándose, como debiera, en los más bellos ejemplares que posee nuestra Catedral de la estatuaria gótica del siglo XV.

Bien pronto sus cinceles acometieron las grandes y duras masas de blanco mármol, y su entusiasmo y su generosidad merecen el más entusiasta aplauso, porque apenas si la retribución que recompensara su trabajo alcanzó al costo material de la ejecución.

Bajo elegante doselete ojival florido, que enriquecen filigranados detalles, característicos de dicho estilo, y sostenido por una repisa del mismo gusto, entre cuyas rizadas hojas, hábilmente combinadas, se ven golondrinas que parecen buscar sus nidos al abrigo de aquéllas, y entre las campanillas y pasionarias, flores favoritas del poeta, muéstrase *El Angel de los Recuerdos*, con la cabeza inclinada, los párpados casi entornados, místico, reposado, sereno, profundamente abstraído con las imágenes que parecen cruzar, silenciosas, por su mente, evoca=

doras de esperanzas de lo porvenir y de recuerdos de lo pasado; bien revela el juvenil rostro que su vida es la del espíritu, que, aun viviendo en la tierra, hállase bien lejos de ella; que su alma alienta en lejanas regiones, en mundos ya desaparecidos para siempre, o en otros que apenas si al pensamiento es dado vislumbrar, poblados de inefables visiones que jamás perecen.

El Angel de los Recuerdos es todo un poema romántico en la encarnación, la síntesis de los versos del poeta, de sus sueños de adolescente, de sus aspiraciones juveniles, de sus deseos, de sus tristezas, de sus desalientos y amarguras; de sus desengaños, que parece llorar, sin que las lágrimas asomen a sus ojos; llanto que el corazón devora en silencio al ver por tierra aquellos ídolos de un día trocados en vil escoria.

Para un espíritu como el de Bécquer, enamorado de las inefables bellezas de la antigüedad, y muy especialmente del arte ojival, en que se compendian todas las grandezas con todos los esplendores; la severa majestad con la pompa más deslumbrante; lo austero y grave con lo risueño y alegre; las expresiones más puras e inefables; arte romántico por excelencia, que vaga por los solitarios claustros y por las capillas sombrías; por los viejos torreones festoneados de hiedras y vestidos de aterciopelado musgo, o vela el sueño de las rígidas estátuas de abandonados sarcófagos; a este arte, en fin, todo poesía y todo sentimiento, que el inmortal poeta cantara en sus rimas y en sus leyendas, creímos siempre que, en plástica forma, debía velar el eterno sueño de su más entusiasta admirador. Y a fe que el joven artista que animó con sus cinceles el duro mármol, prestándole vida con el poderoso aliento de su inspiración, puede estar satisfecho de su obra, pues en ella no hay un pormenor, un accesorio, que distraiga de lo principal, que es la expresión del rostro. Una sencilla túnica, que, recogida en la cintura por una estola, que cruza su pecho en forma de aspa, cae, desde aquélla al suelo, naturalmente, por su peso, sin el menor alarde efectista, es el traje que viste la figura, sin otro primor de ejecución más que el del plegado convencional tan característico que emplearon los imagineros del siglo XV en los paños de sus estátuas, cuando éstos, amplios y rozagantes, descansaban en el suelo; convencionalismo que Eduardo Muñoz hizo extensivo a las alas, que, acertadamente, dejó plegadas para aumentar así el reposo de la imagen, esculpiendo sus plumas, una por una, con la ingenuidad que lo hicieron los artistas góticos. Sostiene el ángel en su mano izquierda un volumen, en cuyo lomo léese: *Rimas*, aludiendo a las inmortales del poeta, mientras que con su diestra sujeta, apoyada en él, un gran escudo levemente inclinado, en el cual vese

esculpida la inscripción conmemorativa siguiente, bellamente grabada en caracteres góticos de irreprochable forma:

En la cripta de este templo yacen las cenizas del poeta Gustavo Adolfo Bécquer. Por acuerdo e iniciativa de la Academia Sevillana de Buenas Letras fué erigido este monumento a expensas del Ilmo. Sr. Marqués de Casa Dalp.

mcmxiv. (1)

Muy próximo al lugar en que se halla este monumento, en una hermosa lápida de mármol blanco léese este epitafio:

✠

EN LA CRIPTA DE ESTE TEMPLO
YACEN LOS RESTOS MORTALES
DEL PINTOR SEVILLANO
VALERIANO BÉCQUER
R. I. P. A.

NACIÓ EL 19 DE DICIEMBRE DE 1833. MURIÓ EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1870.

He aquí, lector, cómo Sevilla ha honrado la memoria de Gustavo Adolfo y de Valeriano Bécquer, que, si unidos recorrieron el áspero sendero de la vida, la muerte no los ha separado, y juntos,

(1) La altura total del monumento es de 3 metros 30 centímetros, y la estatua 1'20 m.

también, reposan sus mortales restos, compartiendo a la par los homenajes cariñosos de sus conciudadanos.

Seguros de interpretar los sentimientos que animan a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, movidos por férvido entusiasmo, tributamos los más calurosos aplausos a cuantos han contribuído, bajo cualquier forma, a la realización de los homenajes tributados a tan ilustres sevillanos, lo mismo a los que lo hicieron espléndidamente que a los que dieron su pobre óbolo, pues éste, si procede del pobre, es acaso de mayor valía que el rico dón del poderoso.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO
EN SEVILLA, EN LA OFICINA
TIPOGRÁFICA DE JUAN PÉREZ
GIRONÉS, EL DÍA 20 DE
ENERO DEL AÑO
MCMXVI

LAUS DEO





